

  
GRANDES  
OBRAS  
DE LA  
LITERATURA  
UNIVERSAL



TOMO I

# AMALIA

JOSÉ MÁRMOL

ESTUDIO PRELIMINAR Y NOTAS DE ALFREDO VEIRAVE  
NUEVA EDICIÓN DIRIGIDA POR MARIA HORTENSIA LACAU

U. S. P.

FACULTAD DE FILOSOFIA LETRAS E  
CIENCIAS HUMANAS.

BIBLIOTECA DE LETRAS  
20561 B.I.

  
EDITORIAL  
KAPPELER

Moreno 372 · Buenos Aires

868.993  
M31 a  
v.1  
ex.1

Amalia /

DEDALUS - Acervo - FFLCH-LE



21300029341

268.9993  
M31 a  
2. ed.  
v.1

## INDICE

Resumen cronológico de la vida y la obra  
de José Mármol ..... 1

pág.

### ESTUDIO PRELIMINAR

La época .....	5
José Mármol y la generación de 1837 .....	5
La proscripción como fuente de inspiración y lucha .....	7
El rosismo como tema literario .....	8
El romanticismo social. Imitación y originalidad .....	11
Las modalidades románticas y la realidad americana .....	12
La obra .....	14
Amalia y la novela hispanoamericana .....	14
La estructura externa de Amalia .....	17
El estilo .....	30
Valoración final de Amalia .....	33
Nuestra edición .....	36
Noticia sobre el anotador .....	36

### AMALIA

#### PRIMERA PARTE

1. Traición .....	41
2. La primera curación .....	59
3. Las cartas .....	78
4. La hora de comer .....	85
5. El comandante Cuitiño .....	104

VIII

Todos los derechos reservados por © 1960  
EDITORIAL KAPELUSZ, S.A. - Buenos Aires.  
Hecho el depósito que establece la ley 11.723.  
Publicado en abril de 1960  
Segunda edición, agosto de 1968  
LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA  
Printed in Argentina

6. Victoria .....	1
7. El caballero Juan Enrique Mandeville .....	1
8. El amanecer .....	1
9. El ángel o el diablo .....	1
10. Una agente de Daniel .....	1
11. Donde aparece el hombre de la caña de la India .....	1
12. Florencia y Daniel .....	1
13. El presidente Salomón .....	1

SEGUNDA PARTE

1. Amalia Saenz de Olabarieta .....	19
2. Cómo una sola puerta tenía tres llaves .....	21
3. Treinta y dos veces veinticuatro .....	22
4. Quinientas onzas .....	22
5. La rosa blanca .....	23
6. Veinticuatro .....	24
7. Escenas de un baile .....	24
8. Daniel Bello .....	26
9. Promesas de la imaginación .....	27
10. Donde continúan las escenas del baile .....	28
11. Escenas de la mesa .....	29
12. Después del baile .....	30

TERCERA PARTE

1. En Montevideo .....	308
2. Conferencias .....	312
3. Continuación del capítulo anterior .....	320
4. Indiscreciones .....	338
5. Monólogo en el mar .....	342
6. Doña María Josefa Ezcurra .....	347
7. La pareja .....	357
8. Prólogo de un drama .....	364
9. El primer acto de un drama .....	373
10. Una noche toledana .....	382
11. Continuación del capítulo anterior .....	387
12. De cómo se leen las cosas que no están escritas .....	393
13. Cómo sacamos en limpio que don Cándido Rodríguez se parecía a don Juan Manuel de Rossas .....	403
14. Los dos amigos .....	408
15. Amalia en presencia de la policía .....	414
16. Todos comprometidos .....	422

CUARTA PARTE

1. El 16 de agosto .....	431
2. El gobernador delegado .....	445
3. De cómo era y no era gobernador delegado don Felipe .....	457
4. De cómo don Felipe Arana explicaba los fenómenos del magnetismo .....	465
5. Así fue .....	473
6. Sor María del Rosario .....	481
7. Cómo don Cándido Rodríguez se decide a emigrar y cuáles fueron las consecuencias de su primera tentativa .....	485
8. La guardia de Luján y Santos Lugares .....	493
9. Manuela Rosas .....	503
10. Continuación del capítulo anterior .....	512
11. De cómo empezó para Daniel una aventura de fábulas .....	518
12. El despertar del cura Gaete .....	524
13. La casa sola .....	533
14. Aparición .....	541
15. El jefe de día .....	552
16. Continuación del capítulo anterior .....	559
17. Patria, amor y amistad .....	565

QUINTA PARTE

1. Septiembre .....	571
2. Santos Lugares .....	576
3. Un vaso de sangre .....	584
4. Donde aparece como siempre nuestro don Cándido Rodríguez .....	596
5. Pilades enojado .....	606
6. El contrabandista de hombres .....	615
7. El jefe de la ronda .....	621
8. La ballenera .....	629
9. La ronda federal .....	639
10. Primavera de sangre .....	648
11. De cuarenta sólo diez .....	654
12. La ley del hambre .....	661
13. El traje de boda .....	668
14. Asilo inglés .....	676
15. Mister Slade .....	685
16. De cómo don Cándido Rodríguez era pariente de .....	685

Resumen cronológico de la vida y la obra de José Mármol

Cuitiño ..... 698  
 17. El reloj del alma ..... 704  
 18. El velo de la novia ..... 709  
 19. El tálamo nupcial ..... 714  
 Especie de epilogo ..... 723

Algunos juicios críticos sobre "Amalia" ..... 724  
 Algunas ediciones de "Amalia" ..... 727  
 Fuentes de las notas y del Estudio preliminar ..... 728  
 Breve bibliografía fundamental ..... 731  
 Bibliografía general o auxiliar ..... 732

1817 2 de diciembre. Nace en Buenos Aires, José Pedro Crisólogo Mármol, hijo del portero Juan Antonio Mármol y de la uruguayana María Josefa Zavaleta, casados en 1811. Cursa sus primeros estudios en la ciudad natal, prosiguiéndolos después en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, con algunas interrupciones y sin terminar la carrera. Fue alumno del filósofo doctor Diego Alcorria y condiscípulo de Florencio Balcarce, José Tomás Guido, Manuel Irigoyen, Emilio Agrelo, Félix Frías, Federico Pinedo, Rufino de Elizalde, Luis Domínguez.

1839 1º de abril. Es encarcelado por recibir y hacer circular diarios escritos por los proscriprios argentinos de Montevideo, en los que se ataca al gobierno de Rosas. El documento de los archivos policiales comprueba que fue "puesto en un calabozo con una barra de grillos e incommunicado" desde el 1º al 7 de abril.

1840 20 de noviembre. A pesar de haber obtenido pasaporte, anticipa su viaje y huye precipitadamente en una goleta francesa, buscando "el consuelo de verse lejos del poder del tirano". En Montevideo se suma a los proscriprios argentinos pertenecientes a la primera emigración (Juan Cruz y Florencio Varela, Valentín Alsina, Fernández de Agüero y otros, y a la Asociación de Mayo y otros hombres ilustres de su generación (Alberdi, Echeverría, Gutiérrez, Frías, Mitre, Rivera Indarte, Cané, Ascasubi, Irigoyen, Domínguez, entre otros argentinos).

1841 Colabora en la prensa liberal de Montevideo dirigida por proscriprios enemigos del régimen rosista: "El Nacional", de Lamas; "El Comercio", de Varela, y funda en 1844 "El Album", "El Conservador" (1847) y "La Semana" (1851-1852). En este último publica los primeros capítulos de *Amalia*. En el periódico "¡Muera Rosas!" fraternizó con Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Miguel Cané y otros. El 25 de Mayo se realiza en Montevideo un certamen poético conmemorando la revolución de 1810, bajo los auspicios del gobierno nacional uruguayo. Obtiene el primer premio el canto "A Mayo", de Juan María Gutiérrez, y el segundo, las composiciones de José Mármol y Luis Domínguez, cuyos nombres comienzan a popularizarse entre los más destacados poetas jóvenes de la generación. Esteban Echeverría, en *El Dogma Socialista*, dice que "el señor José Mármol se atrajo desde temprano la atención pública como poeta. Los concurrentes al certamen del año 41 saludaron por primera vez con vivas simpáticas la joven líra..."

1842 20 de agosto. Se representa en el teatro Nacional de Montevideo *El Poeta*, "primer ensayo original de una obra dramática de un

- joven americano", según se anuncia en los diarios de esta ciudad. También en este año se publica la primera edición del drama, que tiene cinco actos y está compuesto en verso. Mármol lo había escrito a los 24 años. El 5 de noviembre se estrena su drama *El Cruzado*.
- 1843 25 de Mayo. Publica su famoso poema "A Rosas", que lo convierte en el poeta civil de los proscritos y en el creador del mayor anatemático del romanticismo social; es una poema pleno de vaticinios, cumplidos hasta ahora: "ni el polvo de sus huesos la América tendrá", dice en uno de sus versos. En agosto abandona la ciudad sitiada de Montevideo y se traslada a Río de Janeiro.
- 1844 En enero publica un poema de cincuenta estrofas titulado "El Puñal". Intima con Alberdi, que ha compuesto una "especie de poema escrito en el mar", realizado sobre un modelo del *Childe Harold's* de Byron. El 17 de febrero de 1844, junto con otros argentinos, emprende viaje a Chile por el cabo de Hornos, y como fruto de esta experiencia comienza a escribir los *Cantos del Periplo*, a bordo del vapor chileno "El Runmena". En carta a Gutiérrez, fechada en Río de Janeiro el 27 de julio de 1844, aclara que este viaje, frustrado por las tormentas, se realizó entre el 17 de febrero, en que se embarcó para Valparaiso, y el 17 de mayo, en que desembarcaron en Río de Janeiro nuevamente, "después de tres meses de peligros, de miseria y dando por resultado el volverme a encontrar en el mismo país donde mi situación me obligaba a salir".
- 1846 El 17 de abril parte nuevamente para Montevideo, y en noviembre de ese año publica en el "Comercio del Plata" el *Canto XIII de El Peregrino*. Antes de partir para Montevideo se encuentra con Sarmiento, en viaje a Europa, en 1846.
- 1849 Publica un panfleto titulado "Asesinato del señor don Florencio Varela, redactor del «Comercio del Plata» en Montevideo", para demostrar que el crimen de Varela fue un crimen político instigado por Rosas.  
En un folleto publicado ese mismo año, Mármol ofrece una imagen ducificada de la hija de Rosas, bajo el título de *Manuela Rosas. Rasgos biográficos*.
- 1851 Publica un volumen de poemas con el título de *Armonías*, con cuarenta composiciones, fechado en Montevideo. Como folleto anexo al periódico "La Semana", que él mismo dirige, publica su drama en verso *El Cruzado*, estrenado en 1842 en Montevideo. Comienza a aparecer, en el suplemento literario del periódico "La Semana", la primera versión de su novela *Arnadíu*.
- 1852 3 de febrero. Urquiza derrota a Rosas en la batalla de Caseros, y con los primeros emigrados de Montevideo regresa Mármol a su patria. En octubre anuncia la aparición, en su nuevo periódico "El Paraná", del folletín *Arnadíu*, pero a pedido de algunas personas, suspende esa reedición, para no perturbar los ánimos de unitarios y federales.  
Es designado representante de la Confederación Argentina en
- Chile y Perú, pero al oponerse al Acuerdo de San Nicolás, lo privan de su cargo.
- 1854 Inicia su carrera parlamentaria como senador provincial en la legislatura de Buenos Aires. Publica en Buenos Aires la segunda edición de *Armonías*.
- 1855 Aparece la segunda edición aumentada de *Arnadíu*.
- 1856 Es reeligido senador y luego diputado al Congreso Nacional, donde se destaca como gran orador parlamentario. Ha comenzado la edición de sus obras completas, pero su carrera literaria ha concluido.
- 1858 23 de octubre. Sucede al doctor Carlos Tejedor en la dirección de la Biblioteca Pública, cargo que retendrá hasta su muerte.
- 1860 Es designado nuevamente senador provincial, y encargado de una misión confidencial en Brasil durante el Gobierno de Santiago Derqui.
- 1864 En marzo, el presidente de la nación, general Bartolomé Mitre, lo designa ministro plenipotenciario en Brasil.
- 1866 Actúa como miembro de la Convención reunida en la ciudad de Santa Fe.
- 1871 El 9 de agosto, casi ciego, muere en Buenos Aires. En su entierro habló el general Mitre, "como correligionario político, como soldado de la falange de poetas en que Mármol marchaba a la cabeza de los que consagraron en un tiempo sus cantos a la patria". Así termina esta vida febril y batalladora.

AMALIA

## PRIMERA PARTE

### I. TRAICIÓN

El 4 de mayo de 1840, a las diez y media de la noche, seis hombres atravesaban el patio de una pequeña casa de la calle de Belgrano \*, en la ciudad de Buenos Aires \*.

Llegados al zaguán, oscuro como todo el resto de la casa, uno de ellos se detiene, y dice a los otros:

—Todavía una precaución más.  
—Y de ese modo no acabaremos de tomar precauciones en toda la noche—contesta otro de ellos, al parecer el más joven de todos, y de cuya cintura pendía una larga espada medio cubierta por los pliegues de una capa de paño azul que colgaba de sus hombros.

—Por muchas que tomemos, serán siempre pocas—replíca el primero que había hablado—. Es necesario que no salgamos todos a la vez. Somos seis; saldremos primeramente tres, tomaremos la acera de enfrente, un momento después saldrán los tres restantes, seguirán esta acera, y nuestro punto de reunión será la calle de Balcarce, donde cruzamos con la que llevamos.

—Bien pensado.

—Sea, y yo saldré delante con Merlo y con el señor—dijo el joven de la espada a la cintura, señalando al que acababa de hacer la indicación.

—calle de Belgrano. Casi en seguida se dice calle de Balcarce. Actualmente el uso prefiere suprimir la preposición: calle Belgrano, calle Balcarce.

El 4 de mayo de 1840, ... Buenos Aires. La localización del día, mes, año, hora, calle y ciudad, el número de los personajes y la acción, contenidos en una extensa y única oración, tiende a particularizar rasgos realistas—la circunstancia espacio-temporal.

Y, diciendo esto, tiró del pasador de la puerta, la abrió, se embozó en su capa y, atravesando a la acera opuesta con los personajes que había determinado, enfiló la calle de Belgrano en dirección al río.

Los tres hombres que quedaban salieron dos minutos después, y, luego de haber cerrado la puerta, tomaron la misma dirección que aquellos, por la acera prefijada.

Después de caminar en silencio algunas cuadras, el compañero del joven que conocemos por la distinción de una espada a la cintura, dijo a éste, mientras aquel otro, a quien había llamado Merlo, marchaba delante embozado en su poncho:

—Es triste cosa, amigo mío! Ésta es la última vez quizá que caminamos por las calles de nuestro país. Emigramos de él para incorporarnos a un ejército que habrá de batirse mucho, y Dios sabe qué será de nosotros en la guerra.

—Demasiado conozco esa verdad, pero es necesario dar el paso que damos... Sin embargo—continuó el joven, después de algunos segundos de silencio—, hay alguien en este mundo de Dios que cree lo contrario que nosotros.

—¿Cómo lo contrario?

—Es decir, que piensa que nuestro deber de argentinos es permanecer en Buenos Aires.

—¿A pesar de Rosas?

—A pesar de Rosas.

—¿Y no ir al ejército?

—Eso es.

—¡Bah, ese es un cobarde o un mazorquero!

—Ni lo uno ni lo otro. Al contrario, su valor raya en temeridad y su corazón es el más puro y noble de nuestra generación\*.

—Pero, ¿qué quiere que hagamos entonces?

—Quiere—contestó el joven de la espada—que todos permanezcamos en Buenos Aires, porque el enemigo a quien hay que combatir está en Buenos Aires, y no en los ejércitos, y hace una hermosísima cuenta para probar que menos número de hombres moriremos en las calles el día de una revolución, que en los campos de batalla en cuatro o seis meses, sin la menor probabilidad de triunfo... Pero dejémos esto, porque en Buenos Aires el aire oye, la luz ve, y las piedras o el polvo repiten luego nuestras palabras a los verdugos de nuestra libertad.

El joven levantó al cielo unos grandes y rasgados ojos

*Al contrario... de nuestra generación. El pronombre adjetivo posesivo de primera persona, referido a la generación de 1837, ubica históricamente al hablante. (Cf. Estudio preliminar, pág. 5.)*

negros, cuya expresión melancólica se avenía perfectamente con la palidez de su semblante, iluminado con la hermosa luz de los veintiséis años de la vida\*.

A medida que la conversación se había animado sobre aquel tema y se aproximaban a las barrancas del río, Merlo acortaba el paso, o parábase un momento para embozarse en el poncho que lo cubría.

Llegados a la calle de Balcarce:

—Aquí debemos esperar a los demás—dijo Merlo.

—¿Está usted seguro del paraje de la costa en que vamos de encontrar la ballenera?—preguntó el joven.

—Muy seguro—contestó Merlo—. Yo me he comprometido a ponerlos a ustedes en ella, y sabré cumplir mi palabra como han cumplido ustedes la suya, dándome el dinero convenido, no para mí, porque yo soy tan buen patriota como cualquiera otro, sino para pagar a los hombres que los han de conducir a la otra banda, ¡y ya verán ustedes qué hombres son!

Clayrados estaban los ojos penetrantes del joven en los de Merlo, cuando alcanzaron a la comitiva los tres hombres que faltaban.

—Ahora es preciso no separarnos más—dijo uno de ellos—.

—Siga usted adelante, Merlo, y conduzcános.

Merlo obedeció, en efecto, y siguiendo la calle de Venetuela, dobló por la callejuela de San Lorenzo, y bajó al río, cuyas olas se escurrían tranquilamente sobre el manto de esmeralda que cubre de ese lado las orillas de Buenos Aires.

La noche estaba apacible, alumbrada por el tenue rayo de las estrellas, y una fresca brisa del sur empezaba a dar anuncio de los próximos fríos del invierno.

Al escaso resplandor de las estrellas se descubría el Plata, desierto y salvaje como la pampa, y el rumor de sus olas, que se desenvolvían sin violencia y sin choque sobre las costas planas, parecía más bien la respiración natural de ese gigante de la América, cuya espalda estaba oprimida por treinta naves francesas en los momentos en que tenían lugar los sucesos que relatamos\*.

*El joven levantó al cielo unos grandes ojos rasgados... veintiséis años de la vida. Los ojos negros contrastan con la palidez del rostro en esta visión momentánea de contenido lírico, que se intensifica y trasunta un estado de alma captado por el narrador, desde el exterior.*

*Al escaso resplandor de las estrellas... los sucesos que relatamos. La comparación entre la pampa y el Plata es un tópico frecuente en la literatura rioplatense. Cf.: El Desierto, de Esteban Echeverría (El desierto / incommensurable, abierto / y misterioso a sus pies / se extiende, triste el sembrante, / solitario y tauturno / como el mar...);*

Los que alguna vez hayan tenido la fantasía de pasearse en una noche oscura a las orillas del río de la Plata, en lo que se llama el "bajo" de Buenos Aires, habrán podido conocer todo lo que ese paraíso tiene de triste, de melancólico y de imponente al mismo tiempo. La mirada se sumerge en la extensión que ocupa el río, y apenas puede divisar a distancia la incierta luz de alguno que otro buque de la rada interior. La ciudad, a dos o tres cuadras de la orilla, se descubre informe, oscura, inmensa. Ningún ruido humano se percibe, y sólo el rumor monótono y salvaje de las olas anima lángidamente aquel centro de soledad y de tristeza.

Pero aquellos que hayan llegado a ese paraíso, entre las sombras de la noche, para huir de la patria cuando el desenfreno de la dictadura arrojó a la proscripción a centenares de buenos ciudadanos, éstos solamente podrán darse cuenta de las impresiones que inspiraba ese lugar, y en esas horas en que se debía morir al puñal de la Mazorca si eran notados; o decir adiós a la patria, a la familia, al amor, si la fortuna les hacía pisar el débil barco que debía conducirlos a tierra extraña, en busca de un poco de aire libre, y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura\*.

En la época a que nos referimos, además, la salud del ánimo empezaba a ser quebrantada por el terror: por esa enfermedad terrible del espíritu, conocida y estudiada por la Inglaterra y por la Francia, mucho tiempo antes que la conociéramos en la América\*.

A las cárceles, a las "personerías", a los fusilamientos, empezaban a suceder los asesinatos oficiales ejecutados por la Mazorca; por ese club de bandidos, a quienes los primeros partidarios de Cromwell habrían mirado con repugnancia, y los amigos de Marat con horror\*.

Cantos del Peregrino, de Mármol (El Fenix navegaba / sobre las ondas que el silencio turban / de la tranquila pampa. El Peregrino, / con los brazos al pecho contemplaba / los mares y los cielos de la patria", Canto III.)

Pero aquellos que hayan llegado a ese paraíso... y de un fusil en los ejércitos que operaban contra la dictadura. La frase extensa, recargada de adjetivos, de enumeraciones y elementos explicativos, constituye una característica de la prosa emocional de los románticos.

En la época a que nos referimos... la Francia, mucho tiempo antes que la conociéramos en la América. El uso impropio del artículo antes del nombre de países denota la influencia de la lengua francesa. Galicismo muy frecuente en la literatura romántica de la época.

Partidarios de Cromwell... y los amigos de Marat con horror. Cromwell, Oliverio (1599-1658), militar, estadista y político inglés. Marat, Juan Pablo (1743-1793), médico francés famoso por su actuación

El terror, pues, que empezaba a apoderarse de todos los espíritus, no podía dejar de ejercer su influencia eficaz en el ánimo de esos hombres que caminaban en silencio por la costa del río, en dirección a Barracas, a las once de la noche, y con el designio de emigrar de la patria, crimen de lesa patria que se castigaba irremediablemente con la sola palatranía que se castigaba irremediablemente con la sola palatranía que se castigaba irremediablemente con la sola palatranía.

Nuestros prófugos caminaban sin cambiar sus nombres. bra; y es ya tiempo de dar a conocer sus nombres. Aquel que iba delante de todos era Juan Merlo, hombre del vulgo; de ese vulgo de Buenos Aires que se hermana con la gente civilizada por el vestido, con el gaucha por su antipatía a la civilización, y con el pampa por sus costumbres holgazanas. Merlo, como se sabe, era el conductor de los demás.

A pocos pasos seguía el coronel don Francisco Lynch\*, veterano de 1813; hombre de la más culta y escogida sociedad, y de hermosa remarcable\*.

En pos de él caminaba el joven Eduardo Belgrano\*, coriente del antiguo general de este nombre, y poseedor de cuantiosos bienes que había heredado de sus padres; cora zón valiente y generoso e inteligencia privilegiada por Dios y entriquetada por el estudio. Este es el joven de los ojos negros y melancólicos, que conocen ya nuestros lectores\*. En seguida de él, marchaban Oliden, Riglos y Matsson\*, argentinos todos.

En la revolución de 1789. Es considerado el principal responsable del periodo del Terror.

El terror, pues... a las once de la noche, y con el designio de emigrar de la patria, crimen de lesa patria que se castigaba irremediablemente con la muerte. Advértase cómo el tiempo cronológico es indicado con precisión en los hechos narrados, y retornado como punto de avance de la acción en la cual se han interpolado opiniones del autor sobre la situación histórico-política.

el coronel don Francisco Lynch. Nació en 1795 en Buenos Aires y tuvo destacada actuación pública hasta que Rosas lo dio de baja de los cuadros militares en 1835. Fue asesinado el 4 de mayo de 1840.

remarcable. Galicismo por notable.

Eduardo Belgrano. Adolfo Mitre en sus notas a Amalia, recoge un testimonio que aparece en la obra de Juan María Gutiérrez. La frase, hecha superior en Buenos Aires. Se trata de valiosos datos sobre la personalidad de un sobrino de Manuel Belgrano, de su mismo nombre, que murió joven en Montevideo y a quien considera el modelo de este personaje central de la obra de Mármol. (Ver: Masmon, en "Fuentes de las notas y del estudio preliminar".)

que conocen ya nuestros lectores. Primera incorporación expresa del lector hecha por el autor.

Oliden, Riglos y Matsson. El general José María Paz relata en sus

En este orden habian llegado ya a la parte del Bajo, que está entre la Residencia y la alta barranca que da a Barracas, en la calle de la Reconquista \*, es decir, se hallaban en línea paralela con la casa que habitaba el ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville \*.

En ese paraje, Merlo se detiene y les dice:

—Es por aquí donde la ballenera debe atracar.

Las miradas de todos se sumergieron en la oscuridad, buscando en el río la embarcación salvadora, mientras que Merlo parecía que la buscaba en tierra, porque su vista se dirigía hacia Barracas, y no a las aguas donde estaba clavada la de los prófugos.

—No está—dijo Merlo—; no está aquí. Es necesario caminar algo más.

La comitiva lo siguió, en efecto; pero no llevaba dos minutos de marcha, cuando el coronel Lynch, que iba en pos de Merlo, divisó un gran bulto a treinta o cuarenta varas de distancia, en la misma dirección que llevaban; y en el momento en que se volvía a comunicarlo a sus compañeros, un ¡quién vive! interrumpió el silencio de aquellas soledades, llevando un repentino pavor al ánimo de todos.

—No respondan; yo voy a adelantarme un poco a ver si distingo el número de hombres que hay—dijo Merlo, que sin esperar respuesta caminó algunos pasos primero, y tomó en seguida una rápida carrera hacia las barrancas, dando al mismo tiempo un agudo silbido.

Un ruido confuso y terrible respondió inmediatamente a aquella señal: un ruido de una estrepitosa carga de caballería, dada por cincuenta jinetes, que en dos segundos cayeron como un torrente sobre los desgraciados prófugos.

El coronel Lynch apenas tuvo tiempo de sacar de su bolsillo una de las pistolas que llevaba y, antes de poder hacer fuego, rodó por tierra al empuje violento de un caballo.

Memorias este asesinato de la siguiente forma: "Justamente un mes después, el 3 de mayo, fueron sorprendidos en él, es decir, en el acto de embarcarse, y bárbaramente asesinados, el coronel Lynch, O'Hiden, Meson y unos cuantos más. Sus cadáveres mutilados fueron llevados a la policía y luego al cementerio." (Ver: Paz, José María, en "Fuentes de las notas y del estudio preliminar".)

a la parte del Bajo... en la calle de la Reconquista. La "Residencia" era el hospital de San Telmo. Más tarde fue Escuela de Medicina. Cuando dice "Reconquista" alude a la actual calle Defensa, que entonces se llamaba Reconquista.

el ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville. Alude al segundo esposo de Mariquita Sánchez, primero casada con Thompson y luego con Mandeville.

Maisson y O'Hiden pudieron disparar un tiro de pistola cada uno, pero caen también como el coronel Lynch.

Ríglas opone la punta de un puñal al pecho de un caballo que lo atropella, pero rueda también a su empuje irresistible, y caballo y jinete caen sobre él \*. Este último se levanta al instante, y su cuchillo, hundándose en el pecho de Ríglas, hace de este infeliz la primera víctima de aquella noche aciaga.

Lynch, Maisson, O'Hiden, rodando por el suelo, ensangrentados y aturcidos bajo las herraduras de los caballos, se sienten pronto asidos por los cabellos, y que el filo del cuchillo busca la garganta de cada uno, al inflijido de una voz aguda e imperante, que blasfemaba, insultaba y ordenaba allí: ¡los infelices se revuelcan, forcejean, gritan; llevan sus manos, hechas pedazos ya, a su garganta, para defenderla!... ¡todo en vano!... El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello se abre a grandes tajos; y en los borbollos de la sangre se escapa el alma de las víctimas a pedir a Dios la justicia debida a su martirio \*.

Y, entretanto que los asesinados se desmontan y se apiñan en derredor de los cadáveres para robarles las alhajas y dinero, entretanto que nadie se ve ni se entiende en la oscuridad y confusión de esta escena espantosa, a cien pasos de ella se encuentra un pequeño grupo de hombres que, en cada segundo de tiempo, formas, extensiones y proporciones diferentes: era Eduardo que se batía con cuatro de los asesinos \*.

En el momento en que cargaban sobre los prófugos, en aquel mismo en que cayó el coronel Lynch, Eduardo, que marchaba tras de él, atraviesa, casi de un salto, un espacio

Ríglas opone la punta... caen sobre él. La escena se movilizaba vertiginosamente ante los ojos del lector, en una descripción agilitada por la sucesión de verbos que actúan como descargas ininterrumpidas.

Lynch, Maisson, O'Hiden, rodando por el suelo... debida a su martirio. La descripción de la muerte de los protagonistas alcanza extraordinaria plasticidad y movimiento en donde la truenencia señorea conmovedoramente, con rasgos realistas de profunda vivacidad que se intensifica hasta el paroxismo. Cf. estos detalles espeluznantes (El cuchillo mutila las manos, los dedos caen, el cuello es abierto a grandes tajos) con la escena de El Matadero, de Esteban Echeverría, en la cual el niño es decapitado por el lazo.

Y, entretanto que los asesinados se desmontan... era Eduardo que se batía con cuatro de los asesinos. La repetición del adverbio de tiempo entretanto, en el principio y la mitad del período, prepara con acierto expectante el desenlace del esquema narrativo, que se explica en la revelación final.

de quince pies en dirección a las barrancas. Esto sólo le basta para ponerse en línea con el flanco de la caballería y evitar su empuje; plan que su rápida imaginación concibió y ejecutó en un segundo; tiempo que le había bastado también para desenvainar su espada, arrancarse la capa, que llevaba prendida al cuello, y recogerla sobre su brazo izquierdo.

Pero, si había librándose del choque de los caballos, no había evitado ser visto, a pesar de la oscuridad de la noche, que por momentos encubría la débil claridad de las estrellas\*. El muslo de un jinete roza por su hombro izquierdo; y ese hombre y otro más hacen girar sus caballos con la prontitud del pensamiento, y embisten, sable en mano, sobre Eduardo.

Este no ve, adivina, puede decirse, la acción de los asesinos, y dando un salto hacia ellos, se interpone entre los dos caballos, cubre su cabeza con su brazo izquierdo envuelto entre el colchón que le formaba la capa, y hunde su espada hasta la guarnición en el pecho del hombre que tiene a su derecha. Cadáver ya, aún no ha caído ese hombre de su caballo, cuando Eduardo ha retrocedido diez pasos siempre en dirección a la ciudad.

En ese momento tres asesinos más se reúnen al que acababa de sentir caer el cuerpo de un compañero a los pies de su caballo, y los cuatro cargan entonces contra Eduardo. Este se desliza rápidamente hacia su derecha para evitar el choque, tirando al mismo tiempo un terrible corte que hiere la cabeza del caballo que presenta el flanco de los cuatro. El animal se sacude, se recuesta súbitamente sobre los otros, y el jinete, creyendo que su caballo está herido de muerte, se tira de él para librarse de la caída; y los otros se desmontan al mismo tiempo, siguiendo la acción de su compañero, cuya causa ignoran.

Eduardo entonces tira su capa y retrocede diez o doce pasos más. La idea de emprender la carrera pasa a un momento por su imaginación; pero comprende que la carrera no hará sino cansarlo y postarlo, pues que sus perseguidores montarán de nuevo y lo alcanzarán pronto.

Esta reflexión, súbita como la luz, sin embargo, no había terminado en su pensamiento, cuando los asesinos estaban ya sobre él, tres de ellos con sables de caballería y el

*Pero, si había librándose... de las estrellas. Debe señalarse como un rasgo arcaizante de la lengua en los románticos el uso abundante de las formas pronominales enclíticas en verbos de acentuación arcaica.*

otro armado de un cuchillo-de-mataadero. Tranquilo, valiente, vigoroso y diestro, Eduardo los recibe a los cuatro parando sus primeros golpes, y evitando con ataques parciales que le formasen el círculo que pretendían. Los tres de sable lo acometen con rabia, lo estrechan y dirigen todos los golpes a su cabeza; Eduardo los para con un doble círculo, y haciendo dilatarse la rueda que le formaban, con cortes de primera y tercera, comienza a ganar hacia la ciudad largas distancias, conquistando terreno en los cortes con que ofendía, y en los círculos dobles con que paraba.

Los asesinos se ciegan, se encarnizan, no pueden comprender que un hombre solo les resista tanto; y en su vértigo de sangre y de furor no perciben que se hallan ya a doscientos pasos de sus compañeros; cumpliéndose más en cada momento la intención de alejarlos, que desde el principio tuvo Eduardo para perderse con ellos entre la oscuridad de la noche.

Eduardo, sin embargo, sentía que la fuerza le iba faltando, y que era ya difícil la respiración de su pecho. Sus contrarios no se cansan menos, y tratan de estrecharlo por última vez. Uno de ellos incita a los otros con palabras sobre demonio, pero al momento de descargar sus golpes sobre Eduardo, éste tira dos cortes a derecha e izquierda con toda la extensión de su brazo, amaga a todos, y pasa como un relámpago de acero por el centro de sus asesinos, ganándose algunos pasos más hacia la ciudad.

El hombre del cuchillo acaba de perder éste y parte de su mano al filo de la espada de Eduardo, y otro de los de sable empieza a perder la fuerza en la sangre abundante que se escurria de una honda herida en su cabeza.

Los cuatro lo hostigaban con tesson, sin embargo. El hombre mutilado, en un acceso de frenesí y de dolor, se arroja sobre Eduardo y lanza sobre su cabeza el inmenso poncho que tenía en su mano izquierda. Este último, que no había comprendido la intención de su contrario, cree que lo atropella con el puñal en la mano, y lo recibe con la punta de su espada, que le atraviesa el corazón. El poncho había llegado a su destino; la cabeza y el cuerpo de Eduardo quedaban cubiertos con él; no se turba su espíritu, sin embargo; da un salto atrás; su mano izquierda, libre de su capa, que había arrojado desde el principio del combate, coge el poncho y empieza a desenvolverlo de la cabeza, mientras su diestra describe círculos con su espada en todas direcciones. Pero en el momento en que su vista quedaba libre de aquella nube repentina y densa que la cubrió, la punta de un sable penetra a lo largo de su costado izquierdo y el filo

de otro le abre una honda herida sobre el hombro derecho. —¡Barbaros —dice Eduardo—, no conseguireis llevarle mi cabeza a vuestro amo, sin haber antes hecho pedazos mi cuerpo!

Y recogiendo todas las pocas fuerzas que le quedaban, para en terciá una estocada que le tira su contrario más próximo; y, desenganchando, se va a fondo, en cuarta, con toda la extensión de su cuerpo: dos hombres caen a la vez al suelo: el contrario de Eduardo, atravesado el pecho, y Eduardo, que no ha tenido fuerzas para volver a su primera posición, y que cae sin perder, empero, su conocimiento ni su valor.

Los dos asesinos que peleaban aún se precipitaron sobre él.

—¡Ahn estoy vivo! —grita Eduardo, con una voz nerviosa y sonora; la primera voz fuerte que había resonado en ese lugar e interrumpido el silencio de esa terrible escena; y los ecos de esa voz se repitieron en mucha extensión de aquel lugar solitario.

Eduardo se incorpora un poco; fija el codo de su brazo derecho sobre el vientre del cadáver que tenía a su lado y, tomando la espada con la mano izquierda, quiere todavía sostener su desigual combate.

Aun en ese estado, los asesinos se le aproximan con recelo. Uno de ellos se acerca a los pies de Eduardo y descarga un sablazo sobre su muslo izquierdo, que el infeliz no tuvo tiempo, ni posición ni fuerza para parar. La impresión del golpe le inspira un último esfuerzo para incorporarse; pero a ese tiempo la mano del otro asesino lo toma de los cabellos, dá con su cabeza en tierra, e hinca sobre su pecho una rodilla.

—¡Ya estás, unitario, ya estás agarrado! —le dice, y volviéndose al otro que se había abrazado a los pies de Eduardo, le pide su cuchillo para degollarlo. Aquel se lo pasa al momento. Eduardo hace esfuerzos todavía para desasirse de las manos que lo oprimen, pero esos esfuerzos no sirven sino para hacerle perder por sus heridas la poca sangre que le quedaba en sus venas.

Un relámpago de risa feroz, infernal, ilumina la fisonomía del bandido cuando empuña el cuchillo que le da su compañero. Sus ojos se dilatan, sus narices se expanden, su boca se entreabre, y tirando con su mano izquierda de los cabellos de Eduardo, casi exánime, y colocando bien perpendicular su frente con el cielo, lleva el cuchillo a la garganta del joven\*.

*Un relámpago de risa feroz, infernal... lleva el cuchillo a la gar-*

Pero en el momento en que su mano iba a hacer correr el cuchillo sobre el cuello, un golpe se escucha y el asesino cae de boca sobre el cuerpo del que iba a ser su víctima. —¡A ti también te irá tu parte! —dice la voz fuerte y tranquila de un hombre que, como caído del cielo, se dirige con su brazo levantado hacia el último de los asesinos que, como se ha visto, estaba oprimiendo los pies de Eduardo, porque, aun medio muerto, tenía acercarse hasta sus manos. El bandido se pone de pie, retrocede y toma repentinamente la huida en dirección al río.

El hombre, enviado por la Providencia, al parecer, no lo persigue ni un solo paso, se vuelve a aquel grupo de heridos y cadáveres en cuyo centro se encontraba Eduardo.

El nombre de éste es pronunciado luego por el desconocido con toda la expresión del cariño y de la incertidumbre. Toma entre sus brazos el cuerpo del asesino, que había caído sobre Eduardo, lo suspende, lo separa de él, e hinca en una rodilla en tierra, suspende el cuerpo del joven y rechina su cabeza contra su pecho.

—¡Todavía vive! —dice, después de haber sentido su respiración; su mano toma la de Eduardo, y una leve presión le hace conocer que vive y que lo ha conocido.

Sin vacilar, alza entonces la cabeza, gira sus ojos con inquietud; se levanta luego, toma a Eduardo por la cintura con el brazo izquierdo, y cargándolo al hombro, marcha hacia la próxima barranca, en que estaba situada la casa del señor Mandeville.

Su marcha, segura y fácil, hace conocer que aquellos parajes no eran extraños a su planta.

—¡Ah! —exclama de repente—, apenas faltará media cuadra, y... tengo que descansar, porque... —y el cuerpo de Eduardo se le escurre de los brazos entre la sangre que a los dos cubría—. ¡Eduardo! —le dice, poniéndole sus labios en el oído—. ¡Eduardo! Soy yo, Daniel, tu amigo, tu compañero, tu hermano Daniel.

El herido mueve lentamente la cabeza y entreabre los ojos. Su desmayo, ocasionado por la abundante pérdida de su sangre, empezaba a pasar, y la brisa fría de la noche a reanimarlo un poco.

—¡Huye... ¡Sálvate, Daniel! —fueron las primeras palabras que pronunció.

*ganta del joven. La descripción, que se inicia con una metáfora hiperbólica en los dos adjetivos de intensidad emocional, se multiplica en zonas de exaltación, centradas en la acumulación de las acciones que denotan los verbos sucesivos, con que nos narra los movimientos del mazorquero listo para degollar al protagonista.*

Daniel lo abraza.

—No se trata de mí, Eduardo; se trata de... A ver... pasa tu brazo izquierdo por mi cuello; oprímelo más fuerte que puedas... pero, ¿qué diablos es esto? ¡Te has batido acaso con la mano izquierda que conservas la espada empuñada con ella? ¡Ah, pobre amigo, esos bandidos te habrán herido la derecha!... ¡Y no haber estado contigo yo!

Y mientras hablaba así, queriendo arrancar de los labios de su amigo alguna respuesta, alguna palabra que le hiciese comprender el verdadero estado de sus fuerzas, ya que temblaba de conocer la gravedad de sus heridas, Daniel cargó de nuevo a Eduardo que, vuelto en sí de su primer desmayo, hacía una débil fuerza sobre los hombros de su libertador, y lo llevó en sus brazos por segunda vez, en la misma dirección que la anterior.

El movimiento y la brisa vuelven al herido un poco de vida que le había arrebatado la sangre; y con un acento lleno de cariño:

—Basta, Daniel—dice—; apoyado en tu brazo, creo que podré caminar un poco.

—No hay necesidad—responde éste, poniéndolo suavemente en tierra—; ya estamos en el lugar donde quería conducirte.

Eduardo quedó un momento de pie, pero su muslo izquierdo estaba cortado casi hasta el hueso, y al tomar esta posición todos los músculos se resintieron, y un dolor agudísimo hizo doblar las rodillas del joven...

—Ya me imaginaba que no podrías estar de pie—dice Daniel, fingiendo naturalidad en su voz, pues que toda su sangre se había helado, sospechando entonces que las heridas de Eduardo eran mortales—. Pero felizmente—continuamos ya estamos aquí, aquí donde podré dejarte en seguridad mientras voy a buscar los medios de conducirte a otra parte y diciendo esto había vuelto a cargar a su amigo, descendiendo con él, a fuerza de gran trabajo, a lo hondo de una zanja de cuatro o cinco pies de profundidad, que días antes habían empezado a abrir a distancia que acá, pies del muro lateral de la casa, sobre la barranca que acababa de subir Daniel con su pesada, pero querida carga; baba de subir Daniel con la del ministro de Su Majestad casa que no era otra que la del ministro de Su Majestad Británica, caballero Mandeville.

Daniel sienta a su amigo en el fondo de la zanja, lo recuesta contra uno de los lados de ella, y le pregunta dónde se siente herido.

—No sé; pero aquí, aquí siento dolores terribles—dice

Eduardo, tomando la mano de Daniel y llevándose a su hombro derecho y a su muslo izquierdo.

Daniel respira entonces con libertad.

—Si solamente estás herido ahí—dice—, no es nada, mi querido Eduardo—opriméndolo con sus brazos con toda la efusión del que acaba de salir felizmente de una incertidumbre penosa; pero a la presión de sus brazos, Eduardo exhala un ¡ay! agudo y dolorido.

—Debo estar también... si... estoy herido aquí—dice, llevando la mano de Daniel a su costado izquierdo—; pero sobre todo, el muslo... el muslo me hace sufrir horriblemente.

—Espera—dice Daniel, sacando un pañuelo de su bolsillo, con el cual venda fuertemente el muslo herido—. Esto, a lo menos—continúa—, podrá contener algo la hemorragia; ahora venga la cintura: ¿es aquí donde sientes la herida?

—Sí.

—Entonces... aquí está mi corbata—y con ella oprime fuertemente el pecho de su amigo.

Todo esto lo hace y lo dice fingiendo una confianza que había empezado a faltarle desde que supo que había una herida en el pecho, que podía haberle interesado alguna entraña. Y lo dice y lo hace todo entre la oscuridad de la noche y en el fondo de una zanja estrecha y húmeda. Y como un sarcasmo de esa posición terriblemente poética en que se encontraban los dos jóvenes, porque Daniel lo era también, los sonidos de un piano llegaron en ese momento a sus oídos: el señor de Mandeville tenía esa noche una sequena tertulia en su casa.

—¡Ah!—dice Daniel, acabando de vendar a su amigo—; ¡Excelencia inglesa se divierte.

—¡Mientras a sus puertas se asesina a los ciudadanos de este país!—exclama Eduardo.

—Y es precisamente por eso por lo que se divierte. Un ministro inglés no puede ser buen ministro inglés, sino en cuanto representante fielmente a la Inglaterra; y esta noble señora baila y canta en derredor de los muertos como las vívidas de los hotentotes, con la sola diferencia de que éstas lo hacen de dolor y aquélla de alegría.

Eduardo se sonrió de esa idea nacida de una cabeza cuya imaginación él conocía y admiraba tanto; e iba a hablar, cuando de repente Daniel le pone su mano sobre los labios.

Y como un sarcasmo de esa posición terriblemente poética... una sequena tertulia en su casa. El adverbio terriblemente ahonda los rasgos de la situación calificada como poética.

—Siento ruido —le dice al oído, buscando a tientas la espada.

Y, en efecto, no se había equivocado. El ruido de las pisadas de dos caballos se percibía claramente, y un minuto después el eco de dos voces humanas llegó hasta los dos amigos.

Todo se hacía más perceptible por instantes; entendiéndose al fin, clara y distintamente, la voz de los que venían conversando.

—Oye —dice uno de ellos, a diez o doce pasos de la zanja—, saquemos fuego, y a la luz de un cigarro podremos contar, porque yo no quiero ir hasta la Boca, sino volverme a casa.

—Bajemos, entonces —responde aquel a quien se había dirigido; y dos hombres desmontan de sus caballos, sonando la vaina de latón de sus sables al pisar en tierra.

Cada uno de ellos tomó la rienda de su caballo y, caminando hacia la zanja, vinieron a sentarse a cuatro pasos de Daniel y Eduardo.

Uno de los recién llegados sacó sus avíos de fumar, encendió la yesca, luego un grueso cigarro de papel, y dijo al otro:

—A ver, dame esos papeles uno por uno.

El otro se quitó el sombrero, sacó de él un rollo de billetes de Banco, y dio uno de ellos a su compañero, quien, tomándolo con la mano izquierda, lo aproximó a la brasa del cigarro que tenía en la boca y, aspirando con fuerza, iluminó todo el billete con los reflejos de la brasa activada con la aspiración.

—¡Cien! —dice aquel que había entregado el billete, y cuya cara se había juntado con la del otro para ver junto con él el número.

—¡Cien! —dice el del cigarro, arrojando por la boca una gruesa nube de humo.

Y la misma operación que con el primer billete, se hace con treinta de igual valor; y después de repartirse 1500 pesos cada uno de los dos hombres, mitad de los 3000 que sumaban los treinta billetes de 100 pesos, dice aquel que alumbraba los papeles:

—¡Yo creía que sería más! Si hubiésemos degollado al otro nos hubiese tocado la bolsa de onzas!

—¿Y adónde iban esos unitarios? Al ejército de Lavalle \*, ¿no es verdad?

*Lavalle.* Se trata de Juan Lavalle (1797-1841). Su intensa vida de soldado, desde las luchas por la Independencia hasta su trágica muerte a los 44 años de edad, su valor, su capacidad militar y la veneración que

—¡Pues! ¿Y adónde se habían de ir? Lo que yo siento es que no se quieran ir todos para que tuviéramos de éstas todas las noches.

—¡Pero, y si alguna vez entra Lavalle y alguien nos delata!

—¡Qué! Nosotros somos mandados, y cuando veamos las cosas mal, nos pasaremos; entretanto, yo me he de hacer matar por el Restaurador, y por eso soy de la gente de confianza del comandante.

—¡Fíate mucho! ¡Que nos eche de menos luego, y veremos tú y yo lo que nos pasará!

—¡Oh! ¿Y él nos mandó por este lado, y a Morales por el Retiro, y a Diego, con cuatro más, por las calles a buscar al que se escapó? Entonces, le decimos mañana que hemos pasado la noche buscándolo, y no nos dirá nada.

—Pero, ¡qué susto llevaba Camilo cuando fue a avisar al comandante! Le dijo que salieron cuatro a proteger al unitario, pero no le ha de haber creído, porque sabe que es flojo.

—Sí, pero los otros no eran flojos, y uno solo no los había de matar. Por mi parte, yo no los busco.

—¡Qué buscarlos! Yo me voy a la Boca —dijo aquel que había traído los billetes en el sombrero, levantándose y mostrando tranquilamente en su caballo, mientras el otro se dejó estar sentado.

—Bueno —dice éste—, ándate no más, yo voy a acabar mi cigarro antes deirme a casa; mañana te iré a buscar de madrugada para que nos vayamos al cuartel.

—Entonces, hasta mañana —dice aquel, dando vuelta a su caballo, y tomando al trote el camino de la Boca.

Algunos minutos después, el que se había quedado, mete la mano en el bolsillo, saca una cosa que aproxima a su cigarro en la boca, y la contempla a la claridad que espacia la brasa.

—¡Y es de oro el reloj! —dice—, éste nadie me lo vio sacar \* y la plata que me den por él, no la parto con ninguno. Y examinaba y volvía a examinar el reloj a la luz de su cigarro.

—¡Y está andando! —dice, aplicándose al oído—, pero yo no sé... yo no sé cómo se sabe la hora... —y volvía a ilu-

supo despertar entre sus compañeros de partido, lo han convertido en una figura de épica grandeza.

—Y es de oro el reloj! —dice—, éste nadie me lo vio sacar. La exclamación tiene un sentido retórico, por cuanto se trata de un monólogo que está intercalado en la narración, en función dramática.

minar su preciosa alhaja... ¡Esta es cosa de unitarios!... La hora que yo sé, es que serán las doce, y que...

—Esta es la última de tu vida, bribón—dice Daniel, dando sobre la cabeza del bandido, que cayó al instante sin un solo grito, el mismo golpe que había dado en la cabeza de aquel que puso el cuchillo sobre la garganta de Eduardo; golpe que produjo el mismo sonido duro y sin vibración ocasionado por un instrumento que Daniel tenía en sus manos, muy pequeño y que no conocemos todavía, el cual parece que hacia sobre la cabeza humana el mismo efecto que una bala de cañón que se la llevase, pues que los dos que hemos visto caer no habían dado un solo grito\*.

Daniel, que había salido de la zanja y llegó a la cabeza tomó la brida del caballo, lo trajo hasta la zanja y, sin soltarla, bajó y dio un abrazo a su amigo.

—¡Valor, valor! mi Eduardo ¡ya estás libre... salvo...! la Providencia te envía un caballo, que era lo único que necesitábamos!

—Sí, me siento un poco reanimado, pero es necesario que me sostengas... no puedo estar de pie.

—No hagas fuerza—dice Daniel, que carga otra vez a Eduardo, y lo sube al borde de la zanja.

En seguida salta él, y con esfuerzos indecibles consigue montar a Eduardo sobre el caballo, que se inquietaba con las evoluciones que hacía a su lado. En seguida recoge la espada de su amigo, y de un salto se monta en la grupa; pasa sus brazos por la cintura de Eduardo; toma de sus débiles manos las riendas del caballo, y lo hace subir en seguida por una barranca inmediata a la casa del señor Mandeville.

—Daniel, no vamos a mi casa, porque la encontramos cerrada. Mi criado tiene orden de no dormir en ella esta noche.

—No, no, por cierto; no he tenido la idea de querer pasearte por la calle del Cabildo a estas horas, en que veinte serenos alumbrarían nuestros cuerpos federalmente vestidos de sangre.

*Esta es la última de tu vida... no habían dado un solo grito. He aquí un rasgo característico de cierta suspensión en el conocimiento omnimodo que el relator pone respecto a sus personajes. Demora la participación del lector y crea una expectativa en torno a las características del instrumento que Daniel Bello utiliza como arma. Llegadose. Aparecen como fetsmos estos empleos forzados de pronombres enclíticos, que el autor cambia de lugar. Debí decir Daniel, que se había salido de la zanja y llegado... etc.*

—Bien, pero tampoco a la tuya.

—Mucho menos, Eduardo; yo creo que nunca he hecho locuras en mi vida; y llevarte a mi casa sería haber hecho una por todas las que he dejado de hacer.

—¿Y dónde, pues?

—Ese es mi secreto por ahora. Pero no me hagas más preguntas. Habla lo menos posible.

Daniel sentía que la cabeza de Eduardo buscaba algo en que reclinarse, y con su pecho le dio un apoyo que bien necesitaba ya, porque en aquel momento un segundo vértigo le nublabla la vista y lo desfallecía; pero, felizmente, le pasó pronto.

Daniel hacía marchar al paso su caballo. Llegó por fin a la calle de la Reconquista, y tomó la dirección a Barracas; atravesó la de Brasil y Patagones\*, y tomó a la derecha por una calle encajonada, angosta y pananosa, y en cuyos lados no había edificio alguno, sino los fondos de ladrillos, o de tunas, de aquellas casas con que termina la ciudad sobre las barrancas de Barracas.

Al cabo de seiscientos pasos, la callejuela da salida a la empinada y solitaria barranca de Marcó\*, cuya pendiente rápida y estrechísimas sendas causan temor de día mismo a los que se dirigen a Barracas, que prefieren la barranca empinada de Brown, o la de Balcarce, antes de bajar por aquel medio precipicio, especialmente si el terreno está húmedo. A esa barranca llegó Daniel, y las mismas cualidades de mala y solitaria fueron para él en ese momento una garantía por la que le daba preferencia. Además, él conocía perfectamente los senderos, y bajó por ella, dirigiendo hábilmente su caballo, sin ningún contratiempo.

Llegado a la calle traviesa entre Barracas y la Boca, dobló a la derecha, y recostándose a la orilla del camino, llegó al fin a la calle Larga de Barracas\* sin haber hallado una sola persona en su tránsito. Tomó la derecha de la calle, entró los edificios lo más aproximado a ellos que le fue posible, e hizo tomar el trote largo a su caballo, como si quisiera salir de ese camino, frecuentado de noche por algunas patrullas de policía.

Al cabo de pocos minutos de marcha, detiene su caballo,

*la de Brasil y Patagones. Brasil, actualmente Garay. Patagones, actualmente Brasil. a la empinada y solitaria barranca de Marcó. Alude a la pendiente del Parque Lezama. la calle Larga de Barracas. Se refiere a la actual avenida Montes de Oca, de Barracas.*

dira sus ojos, y, convencido de que no vela ni oía nada, hace tomar el paso a su caballo, y dice a Eduardo:

—Ya estás en salvo, pronto estarás en seguridad y curado.

—¿Dónde? —le pregunta Eduardo con voz sumamente desfallecida.

—Aquí —le responde Daniel, subiendo el caballo a la vereda de una casa por cuyas ventanas, cubiertas con celosías y los vidrios por espesas cortinas de muselina blanca en la parte interior, se transparentaban las luces que iluminaban las habitaciones; y al decir aquella palabra, arrima el caballo a las rejías, e introduciendo su brazo por ellas y las celosías, toco suavemente en los cristales. Nadie respondió, sin embargo. Volvió a llamar por segunda vez, y entonces una voz de mujer preguntó con un acento de recelo:

—¿Quién es?

—Yo soy, Amalia; yo, tu primo.

—Daniel! —dijo la misma vez, aproximándose más a la ventana la persona del interior.

—Sí, Daniel.

Y en el momento, la ventana se abrió, la celosía fue alzada, y una mujer joven y vestida de negro incluyó su cuerpo hasta tocar las rejías con su mano. Pero al ver dos hombres en un mismo caballo, retrose de esa posición como sorprendida.

—¿No me conoces, Amalia? Oye: abre al momento la puerta de la calle; pero no despiertes a los criados; ábrela tú misma.

—Pero, ¿qué hay, Daniel?

—No pierdas un segundo, Amalia, abre en este momento en que está solo el camino; me va la vida, más que la vida, ¿lo entiendes ahora?

—¡Dios mío! —exclama la joven, que cierra la ventana, y se precipita a la puerta de la sala, de ésta a la de la calle, que abre sin cuidarse de hacer poco o mucho ruido, y que, saliendo hasta la vereda, dice a Daniel:

—¡Entral —pronunciando esta palabra con ese acento de espontaneidad sublime que sólo las mujeres tienen en su alma sensible y armoniosa cuando ejecutan alguna acción de valor, que siempre es en ellas la obra, no del raciocinio, sino de la inspiración\*.

—Todavía no —dice Daniel, que ya estaba en tierra con

*Entral —pronunciando esta palabra con ese acento... sino de la inspiración. Estas afirmaciones entran dentro de la caracterología temeraria de la época y ponen el acento en la espontaneidad intuitiva antes que en la razón.*

Eduardo sostenido por la cintura; y de ese modo, y sin soltar la brida del caballo, llega a la puerta.

—Ocupa mi lugar, Amalia; sostén a este hombre, que no puede andar solo.

Amalia, sin vacilar, toma con sus manos un brazo de Eduardo que, recostado contra el marco de la puerta, hacía esfuerzos indecibles por mover su pierna izquierda, que le pesaba enormemente.

—¡Gracias, señorita, gracias! —dice con voz llena de sentimiento y de dulzura.

—¿Está usted herido?

—Un poco.

—¡Dios mío! —exclamó Amalia, que sentía en sus manos la humedad de la sangre.

Y mientras cambiaban estas palabras, Daniel había conducido el caballo al medio del camino y, poniéndolo en dirección al puente, con la rienda al cuello, dióle un fuerte cintazo en el anca con la espada de Eduardo, que no había abandonado un momento. El caballo no esperó una segunda señal y tomó al galope en aquella dirección.

—¡Ahora —dice Daniel, adentro! —acercándose a la puerta, levantando a Eduardo por la cintura hasta ponerlo en el zaguan, y cerrando aquella. De ese mismo modo lo introdujo en la sala, y puso, por fin, sobre un sofá a aquella noble a quien había salvado y protegido tanto en aquella noche de sangre; aquel hombre, lleno de valor moral y de espíritu todavía y cuyo cuerpo no podía sin embargo, sostenerse por sí solo un momento.

## 2. LA PRIMERA CURACIÓN

Cuando Daniel colocó a Eduardo sobre el sofá, Amalia, pues ya distinguiremos por su nombre a la joven prima de Daniel, pasó corriendo a un pequeño gabinete contiguo a la sala, separado por un tabique de cristales, y tomó de una mesa de mármol negro una pequeña lámpara de alabastro, a cuya luz la joven leía las *Meditaciones* de M. Lamartine\*, cuando Daniel llamó a los vidrios de la ventana y, volviendo

*M. Lamartine.* Alfonso de Lamartine (1790-1869). "El último poeta del siglo XVIII, saludado como el primero del XIX. Un político conocido como poeta. Y como poeta, una cabeza épica admirada como elegíaca (Ver: SAUNIER, V. L., en "Puentes de las notas y del estudio preliminar".)

do a la sala, puso la lámpara sobre una mesa redonda de caoba, cubierta de libros y de vasos de flores.

En aquel momento Amalia estaba excostrivamente pálida, efecto de las impresiones inesperadas que estaba recibiendo; y los rizos de su cabello castaño claro, echados atrás de la oreja pocos momentos antes, no estorbaron a Eduardo descubrir en una mujer de veinte años una fisonomía encantadora, una frente majestuosa y bella, unos ojos pardos llenos de expresión y sentimiento y una figura hermosa, cuyo traje negro parecía escogido para hacer resaltar la reluciente blancura del seno y de los hombros, si su tela no revelase que era un vestido de duelo\*.

Daniel se aproximó a la mesa en el acto\* en que Amalia colocaba la lámpara, y tomando las pequeñas manos de azucena de su hermosa prima, le dijo:

—Amalia, en las pocas veces que nos vemos, te he hablado siempre de un joven con quien me liga la más íntima y fraternal amistad; ese joven, Eduardo, es el que acabas de recibir en tu casa, el que está ahí gravemente herido. Pero sus heridas son "oficiales"; son la obra de Rosas, y es necesario curarlo, ocultarlo y salvarlo.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo, Daniel?—le pregunta Amalia toda conmovida y volviendo sus ojos hacia el sofá donde estaba acostado Eduardo, cuya palidez parecía la de un cadáver, contrastada por sus ojos negros y relucientes como el azabache, y por su barba y cabellos del mismo color.

—Lo que tienes que hacer, mi Amalia, es una sola cosa, ¿dudas que yo te haya querido siempre como un hermano?

—¡Oh, no, Daniel; jamás lo he dudado!

—Bien—dice el joven, poniendo sus labios sobre la frente de su prima—; entonces lo que tienes que hacer es obedecerme en todo por esta noche; mañana vuelves a quedar dueña de tu casa y de mí como siempre.

—Dispon:—ordena lo que quieras: yo no podría tampoco concebir una idea en este momento—dijo Amalia, cuya tez iba volviendo a su rosado natural.

—Lo primero que dispongo es que traigas tú misma, sin despertar a ningún criado todavía, un vaso de vino azucarado.

Amalia no esperó oír concluir la última sílaba, y corrió a las piezas interiores.

En aquel momento Amalia estaba excostrivamente pálida, ... si su tela no revelase que era un vestido de duelo. El retrato físico se accenta con notas subjetivas de color, y rasgos fisonómicos que el autor adjetiva abundantemente.

en el acto. Hubiera correspondido decir en el momento.

Daniel se acercó entonces a Eduardo, en quien el momentáneo descanso que había gozado, empezaba a dar expansión a sus pulmones, oprimidos hasta entonces por el dolor y por el cansancio, y le dijo:

—Esta es mi prima, la linda viuda, la poética tuéumana de quien te he hablado tantas veces; y que, después de su regreso de Tucumán, hace cuatro meses que vive solitaria en esta quinta. Creo que, si la hospitalidad no agrada a tus deseos, no les sucederá lo mismo a tus ojos.

Eduardo se sonrió, pero al instante, volviendo su semblante a su gravedad habitual, exclamó:

—¡Pero es un proceder cruel; voy a comprometer la posición de esta criatura!

—¿Su posición?

—Sí, su posición. La policía de Rosas tiene tantos agentes cuantos hombres ha enfermado el miedo. Hombres, mujeres, amos y criados, todos buscan su seguridad en las delaciones. Mañana sabrá Rosas donde estoy, y el destino de esta joven se confundirá con el mío.

—Eso lo veremos—dijo Daniel, arreglando los cabellos desordenados de Eduardo—. Yo estoy en mi elemento cuando me hallo entre dificultades. Y si, en vez de escribirme, me hubieses esta tarde hablado de tu fuga, ciento contra uno a que no tendrías en tu cuerpo un solo arañazo.

—Pero tú, ¿cómo has sabido el lugar de mi embarco?

—Eso es para despacio—contestó Daniel, sonriéndose.

Amalia entró en ese momento trayendo sobre un plato de porcelana una copa de cristal con vino de Burdeos, azucarado.

—¡Oh, mi linda prima!—dijo Daniel—. Los dioses hubieran despedido a Hebe, y dádote preferencia para servirles su vino, si te hubiesen visto como te veo yo en este momento\*. Toma, Eduardo; un poco de vino te reanimará mientras viene un médico.

Y en tanto que suspendía la cabeza de su amigo y le daba a beber el vino azucarado, Amalia tuvo tiempo de contemplar por primera vez a Eduardo, cuya palidez y expresión dolorida del semblante le daban un no sé qué de más impresionante, varonil y noble; y, al mismo tiempo, para poder fijarse en que, tanto Eduardo como Daniel, ofrecían dos figuras como no había imaginádose jamás: eran dos hombres completamente cubiertos de barro y de sangre.

—¡Oh, mi linda prima!—dijo Daniel—. Los dioses ... este momento. Hebe es diosa de la juventud en la mitología romana, escanciadora del néctar de los dioses.

—Ahora —dice Daniel, tomando el plato de las manos de Amalia—, ¡el viejo Pedro está en casa?

—Sí.

—Entonces ve a su cuarto, despiértalo y dile que venga. Amalia iba a abrir la puerta de la sala para salir, cuando le dice Daniel:

—Un momento, Amalia: hagamos muchas cosas a la vez para ganar tiempo, ¿dónde hay papel y tintero?

—En aquel gabinete —responde Amalia, señalando el que estaba contiguo a la sala.

—Entonces, anda a despertar a Pedro.

Y Daniel pasó al gabinete, tomó una luz de una rinconera, pasó a otra habitación, que era la alcoba de su prima, de aquella a un pequeño y lindísimo retrete, y allí invadió el tocador, manchando las porcelanas y cristales con la sangre y con el lodo de sus manos.

—¡Oh! —exclamó, mirándose en el espejo del tocador, mientras se lavaba las manos—. ¡Si Florencia me viese así, bien creería me acababa de escapar de los infiernos, y con aquellas carreras que ella sabe dar cuando le quiero robar un beso y está enojada, se me escaparía hasta la pampa! ¡Buena! —continuó, secándose sus manos en un riquísimo tejido de Tucumán—. ¡Allí está la botella del vino que ha tomado Eduardo! y también beberé porque el diablo se lleve a Rosas, porque Eduardo sane pronto, y porque mi Florencia haga mañana lo que habré de decirle!

Y diciendo esto, se echó a la garganta media docena de tragos de vino en una magnífica copa que estaba sobre el tocador de Amalia, y cuyas flores arrojó dentro de la palangana.

Volvió inmediatamente al gabinete, sentóse delante de una pequeña escribanía, y tomando su semblante una gravedad que parecía ajena al carácter del joven, escribió dos cartas, las dobló, pusoles el sobre, y entró en la sala donde Eduardo estaba cambiando algunas palabras con Amalia sobre el estado en que se sentía. Al mismo tiempo, la puerta de la sala abrióse y un hombre como de sesenta años de edad, alto, vigoroso todavía, con el cabello completamente encanecido, con barba y bigote en el mismo estado, vestido con chaqueta y calzón de paño azul, entró con el sombrero en la mano y con un aire respetuoso, que cambió en el de sorpresa al ver a Daniel de pie en medio de la sala, y sobre el sofá a un hombre tendido y manchado de sangre.

—Yo creo, Pedro, que no es a usted a quien puede asustarle la sangre. En todo lo que usted ve no hay más que un amigo mío a quien unos bandidos acaban de herir gra-

vemente. Aproxímese usted. ¿Cuánto tiempo sirvió usted con mi tío el coronel Sáenz, padre de Amalia?

—Catorce años, señor; desde la batalla de Salta hasta la de Junín, en que el coronel cayó muerto en mis brazos.

—¿A cuál de los generales que lo han mandado ha tenido usted más cariño y más respeto: a Belgrano, a San Martín o a Bolívar?

—Al general Belgrano, señor —contestó el viejo soldado sin vacilar.

—Bien, Pedro, aquí tiene usted en Amalia y en mi hija y un sobrino de su coronel, y allí tiene usted un sobrino del general Belgrano, que necesita de sus servicios en este momento.

—Señor, yo no puedo ofrecer más que mi vida, y ésta siempre está a la disposición de los que tengan la sangre de mi general y de mi coronel.

—Lo creo, Pedro, pero aquí necesitamos, no sólo valor, sino también prudencia y, sobre todo, secreto.

—Está bien, señor.

—Nada más, Pedro. Yo sé que tiene usted un corazón honrado, que es valiente y, sobre todo, que es patriota.

—Sí, señor: patriota viejo —dijo el soldado alzando la cabeza con cierto aire de orgullo.

—Bien; vaya usted —continuó Daniel, y sin despertar a ningún criado, ensille usted uno de los caballos del coche, sáquele hasta la puerta con el menor ruido posible, ármese y venga.

El veterano llevó su mano a la sien derecha, como si estuviese delante de su general, y dando media vuelta, marchó a ejecutar las órdenes recibidas.

Cinco minutos después, las herraduras del caballo se sintieron, luego se oyó girar sobre sus goznes el portón de la quinta y en seguida apareció en la sala, cubierto con su poncho, el viejo soldado de quince años de combates.

—¿Sabe usted, Pedro, la casa del doctor Alcorra? \*

—¿Tras de San Juan?

—Allí.

—Sí, señor.

—Pues irá usted a ella; llamará hasta que le abran, y entregará esta carta diciendo que, mientras se prepara el doctor, usted va a una diligencia, y volverá a buscarlo. En seguida pasará usted a mi casa, llamará despacio a la puerta,

del doctor Alcorra. Diego Alcorra (1801-1842). Profesor de derecho y de medicina, ocupó la cátedra de Filosofía de su maestro Juan Crisóstomo Lafinur, influyendo en la formación de la generación de 1837.

y a mi criado, que ha de estar esperándome, y que abrirá al momento, le dará usted esta otra carta.

—Bien, señor.

—Todo esto lo hará usted a escape.

—Bien, señor.

—Otra cosa más. Le he dado a usted una carta para el doctor Alcorta; mil incidentes pueden sobrevenirle en el camino, y es necesario que se haga usted matar antes que dejarse arrancar esa carta.

—Bien, señor.

—Nada más ahora. Son las doce y tres cuartos de la noche \* —dijo Daniel, mirando un reloj que estaba colocado sobre el marco de una chimenea—; a la una y media puede usted estar de vuelta con el doctor Alcorta.

El soldado hizo la misma venia que anteriormente, y salió. Algunos segundos después sintieron desde la sala la impetuosa carrera de un caballo que conmovía con sus cascos la solitaria calle Larga.

Daniel hizo señal a su prima de pasar al gabinete inmediato, y después de recomendar a Eduardo que hiciese el menor movimiento posible en tanto que llegaba el médico, le dijo:

—Ya sabes cuál ha sido mi elección, ¿a quién otro podría llamar que nos inspirase más confianza?

—¡Pero, Dios mío, comprometer al doctor Alcorta! —exclamó Eduardo—. Esta noche, Daniel, te has empeñado en confundir con mi mala suerte el destino de la belleza y del talento. Mi vida vale muy poco en el mundo para que se expongan por ella una mujer como tu prima y un hombre como nuestro maestro.

—¡Estas sublíme esta noche, mi querido Eduardo! Tu sangre se ha escurrido por las heridas, pero tu gravedad y tus desconfianzas se quedaron dueñas de casa. Alcorta no se comprometerá más que mi prima; y aunque no fuera así, hoy estamos todos en un duelo, en que los buenos nos debemos a los buenos, y los pícaros se deben a los pícaros. La sociedad de nuestro país ha empezado a dividirse en asesinos y víctimas, y es necesario que los que no queremos ser asesinos, si no podemos castigarlos, nos conformemos con ser víctimas.

—Pero Alcorta no se ha comprometido y, sin embargo, con hacerlo venir aquí puedes comprometerlo gravemente.

—Eduardo, tu cabeza no está buena. Oye: tú, yo, cada

Son las doce y tres cuartos de la noche. Nótese cómo la acción avanza con precisión cronológica en estos primeros capítulos.

joven de nuestros amigos, cada hombre de la generación a que pertenecemos y que ha sido educado en la Universidad de Buenos Aires, es un compromiso vivo, palpante, elocuente del doctor Alcorta. Somos sus ideas en acción; somos la reproducción multiplicada de su pensamiento filosófico. Desconciencia humanitaria, de su pensamiento filosófico. Desconciencia por todo lo que es grande: por el bien, por la libertad, por la justicia. Nuestros amigos que están hoy con Lavalle, que han desechado el guante blanco para tomar la espada, son el doctor Alcorta \* . Frías \* es el doctor Alcorta en el ejército; Alberdi \*, Irigoyen \* son el doctor Alcorta en la prensa de Montevideo. Tú mismo, ahí bañado en tu sangre, que acabas de exponer tu vida por huir de la patria, antes que soportar en ella la tiranía que la oprime, no eres otra cosa, Eduardo, que la personificación de las ideas de nuestro catedrático de filosofía, y... pero ¡bah, qué tonterías estoy hablando! —exclamó Daniel, al ver dos gruesas lágrimas que corrían por el cadavérico rostro de Eduardo \*—. ¡Vaya, vaya! No hablemos más de esto. Déjame hacer las cosas a mi solo, que, si nos lleva el diablo, nos llevará a todos juntos; y a fe, mi querido Eduardo, que no hemos de estar peor en el infierno que en Buenos

Oye: tú, yo, cada joven... son el doctor Alcorta. Mármo! encarece aquí el concepto valedero de que las palabras de un maestro tienen valor de acciones y sólo pueden abonarse con el ejemplo.

Frías, Félix Frías (1816-1881). Secretario de Lavalle, acompañó sus restos a Bolivia. Escritor y enemigo de la tiranía rosista. Más tarde fue ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Nicolás Avellaneda.

Alberdi, Juan Bautista Alberdi (1810-1884). Autor de las Bases y fundador de la Asociación de Mayo. Entre la valiosa bibliografía de estudios y biografías dedicados a Alberdi, se puede consultar a Canal Feijóo y a Mayer. (Ver dichos autores en "Fuentes de las notas y estudio preliminar".)

Gutiérrez, Juan María Gutiérrez (1809-1878). Condiscipulo de Mármo! y Alberdi, fue miembro del Salón Literario, fundador de la Asociación de Mayo y autor de la primera antología de autores americanos: *América Poética* (1846). En 1869 reunió sus obras poéticas en el tomo titulado *Poesías*. Representa un término de transición entre el clasicismo y el romanticismo.

Irigoyen, Miguel Irigoyen, periodista y distinguido hombre de la sociedad porteña. Murió en 1822.

Tú mismo, ahí bañado en tu sangre... el cadavérico rostro de Eduardo. Exteriormente, la imagen de Eduardo revela la presencia del héroe romántico abitado por el destino, interiormente, revela una sensibilidad melancólica, apasionada.

Aires. Descansa un momento, mientras hablo con Amalia algunas palabras.

Y diciendo esto, se dirigió al gabinete, pestañeando rápidamente para enjugar con los párpados una lágrima que, al ver las de su amigo, había brotado de la exquisita sensibilidad de este joven, que más tarde daremos mejor a conocer a nuestros lectores\*.

—Daniel —le dice Amalia al entrar en el gabinete, de pie y apoyando su mano de alabastro sobre la mesa de mármol negro—, yo no sé qué hacer: tú y tu amigo estáis cubiertos de sangre, necesitáis mudaros, y yo no tengo más trajes que los míos.

—Que nos sentarían perfectamente, si nos diesses también un poco de la belleza que te sobra, mi hermosa prima. No te aflijas; dentro de un rato tendremos vestidos, tendremos todo. Por ahora, ven acá.

Y llevando a su prima a un pequeño sofá de damasco punzó, la sentó a su lado y continuó:

—Dime, Amalia, ¿cuáles son los criados en quienes tienes una perfecta confianza?

—Pedro, Teresa, una criada que he traído de Tucumán y la pequeña Luisa.

—¿Cuáles son los demás?

—El cochera, el cocinero, y dos negros viejos que cuidan la quinta.

—¿El cochera y el cocinero son hombres blancos?

—Entonces, a los blancos por blancos, y a los negros por negros, es necesario que los despidas mañana en cuanto se levanten.

—Pero, ¿crees tú...?

—Si no lo creo, dudo. Oye, Amalia; tus criados deben quererte mucho, porque eres buena, rica y generosa. Pero en el estado en que se encuentra nuestro pueblo, de una orden, de un grito, de un momento de mal humor, se hace de un criado un enemigo poderoso y mortal. Se les ha abierto la puerta de las delaciones, y bajo la sola autoridad de un miserable, la fortuna y la vida de una familia reciben el anatema de la Mazorca. Venecia, en tiempo del Consejo de los Diez\*, se hubiese convalidado de la situación actual de

que más tarde daremos mejor a conocer a nuestros lectores. El autor se torna reticente ante el lector acerca de los sucesos que va desarrollando poco a poco, para atraer su atención.

Consejo de los Diez. Se refiere a la Inquisición de Estado de los siglos xiv y xv en Venecia. Como en las referencias a Cromwell y Marat (Cf. nota pág. 44), Mármol recurre a la confrontación histórica

nuestro país. Sólo hay en la clase baja una excepción, y son los mulatos: los negros están ensobberbecidos, los blancos prostituidos, pero los mulatos, por esa propensión que hay en cada raza mezclada a elevarse y dignificarse, son casi todos enemigos de Rosas, porque saben que los unitarios son la gente ilustrada y culta, a la que siempre toman ellos por modelo.

—Bien: los despediré mañana.

—La seguridad de Eduardo, la mía, la tuya propia, lo exigen así. Tú no puedes arrepentirte de la hospitalidad que has dado a un desgraciado, y...

—Oh, no, Daniel, no me hables de eso! Mi casa, mi fortuna, todo está a disposición tuya y a la de tu amigo.

—No puedes arrepentirte —decía—, y debes, sin embargo, poner todos los medios para que tu virtud, tu abnegación, no den armas contra ti a nuestros opresores. Del sacrificio que haces en despedir a tus criados te resarcirás pronto. Además, Eduardo no permanecerá en tu casa sino los días indispensables que determine el médico: dos o tres, a lo más.

—¿Tan pronto? ¡Oh, no es posible! Sus heridas son quizá graves, y sería asesinarlo levantarlo de su cama. Yo soy libre; vivo completamente aislada, porque mi carácter me aconseja así\*, recibo rara vez las visitas de mis pocas amigas, y en las habitaciones de la izquierda podremos disponer un cómodo aposento para Eduardo, y completamente separado de las mías.

—¡Gracias, gracias, mi Amalia! Bien sé que tienes en tus venas la sangre generosa de mi madre. Pero quizá no dependa de la venganza que Eduardo permanecerá aquí. Eso dependerá de muchas cosas que yo sabré mañana. Ahora es necesario vayamos a preparar la cama en que se habrá de acostar después de su primera curación.

—Sí... por acá, ven —y tomando una luz pasó con Daniel a su alcoba, y de ésta a su tocador.

Pero antes de seguir nosotros el paso y el pensamiento de Amalia, echemos una mirada sobre estas dos últimas habitaciones\*.

de ejemplos europeos, para destacar comparativamente los sucesos de Buenos Aires durante la época rosista.

Yo soy libre; vivo completamente aislada, porque mi carácter me lo aconseja así. La libertad individual corresponde a la importancia del "yo" en los románticos. El aislamiento de Amalia es una nota típica del romanticismo.

Pero antes de seguir nosotros el paso... estas dos últimas habitaciones. La omisión de la referencia al autor, que es capaz de recorrer zonas alejadas a la realidad externa, profundamente subjetivas en el carácter de

Toda la alcoba estaba tapizada con papel aterciopelado, de fondo blanco, matizado con estambres dorados, que representaban caprichos de luz entre nubes ligeramente azuladas. Las dos ventanas que daban al patio de la casa estaban cubiertas por dobles colgaduras, unas de batista hacia la parte interior, y otras de raso azul, muy bajo, hacia los vitrios de la ventana, suspendidas sobre lazos de metal dorado, y atravesadas con cintas corredizas que las separaban, o las juntaban con rapidez. El piso estaba cubierto por un tapiz de Italia, cuyo tejido, verde y blanco, era tan espeso, que el pie parecía acolchonarse sobre algodones al pisar sobre él. Una cama francesa, de caoba labrada, de cuatro pies de ancho y dos de alto, se veía en la extremidad del aposento, en aquella parte que se comunicaba con el tocador, cubierta con una colcha de raso color jacinto, sobre cuya relumbrante seda caían los albos encajes de un riquísimo tapafundas de Cambrey. Una pequeña corona de marfil, con sobrepuestos de nácar figurando hojas de jazmines, estaba suspendida del cielo raso por una delgadísima lanza de la India con bordados de hilo de plata, tan leve, tan vaporosa, que parecía una tenue neblina abrilantada por un rayo de sol. Entre la cama y el muro de la pared había una pequeña mesa cuadrada, cubierta por un terciopelo verde, sobre la que se veían algunos libros, un crucifijo de oro incrustado en ébano, una pequeña caja de música sobre una magnífica copa de cristal, una caja de sándalo, en forma de concha, con algunos algodones empapados en agua de Colonia, y una lámpara de alabastro cubierta por una pantalla de seda verde. Al otro lado de la cama se hallaba una otomana cubierta de terciopelo azul, marcado a fuego, y delante de la cama estaba extendida una alfombra de pieles de conejo, blancas como el armiño, y con la suavidad de la seda. A los pies de la cama se veía un gran sillón, forrado en terciopelo del mismo color que la otomana. Luego, una papelería con incrustaciones de plata; y en los dos ángulos del aposento, que daban al gabinete contiguo a la sala, se descubrirían dos hermosos veladores de alabastro en forma de piras, que contenían dentro las luces con que se alumbraba aquel pequeño y solitario templo de una belleza. Y, por último, una mesa de palo de naranjo, apenas de dos pies de diámetro, colocada a la extremidad de la otomana, contenía sobre una bandeja de porcelana de la India, un

la protagonista, se fractura y canaliza hacia la participación afectiva del lector, con quien ingresará a las habitaciones de Amalia.

servicio de té para dos personas, todo él de porcelana sobredorada\*. Otra cosa, la más preciosa de todas, completa el ajuar de este aposento, y era un par de zapatos de cabritilla oscura bordados en seda blanca, de seis pulgadas de largo apenas, y de una estrechez proporcionada, eran los zapatos de levantarse Amalia de la cama, colocados sobre las pieles blancas que estaban junto a ésta\*.

El retrete de vestirse estaba empapelado del mismo modo que la alcoba, y alfombrado de verde. Dos grandes roperos de caoba, cuyas puertas eran de espejos, se veían a uno y otro lado del esplendido tocador, cuyas porcelanas y cristales había desordenado Daniel pocos momentos antes. Frente al tocador, estaba una chimenea de acero bruñido, guarnecida de un marco de mármol blanco completamente liso; y a continuación de ella una bañadera de aquella misma piedra, cuya agua era conducida por caños que pasaban por los bastidores del empapelamiento. Un sillón de paja de la India, y dos taburetes de damasco blanco con flecos de oro, estaban, el primero, al lado de la bañadera, y los otros, frente a los espejos de los guardarroperos; y un sofá pequeño elástico y vestido del mismo modo que los taburetes, se hallaba colocado hacia un ángulo del retrete. Dos grandes jarras de porcelana francesa estaban sobre dos pequeñas mesas de nogal con un ramo de flores cada una; y sobre cuatro rinconeras de caoba brillaban ocho pebeteros de cincelado, obra del Perú, de un gusto y de un trabajo admirables. Seis magníficos cuadros de paisajes y cuatro jilgueros dentro de jaulas de alambre dorado, completaban el retrete de Amalia, en el que la luz del día penetraba por los cristales de una gran ventana que daba a un pequeño jardín en el patio principal, y que era moderada por un juego doble de colgaduras de crespón celeste y de batista. Al lado de uno de los roperos había una puerta que se comunicaba con el pequeño aposento en que dormía Luisa, joven destinada por Amalia a su servicio inmediato.

Toda la alcoba estaba tapizada... todo él de porcelana sobredorada. Diversos críticos han llamado la atención sobre la prolija y abundante descripción del dormitorio de Amalia, en donde el lujo, el boato, la sumptuosidad de las telas, los objetos de arte, tornan significativa la enumeración. Las imágenes visuales, fáciles, se suceden en tonalidades exóticas, de un gusto dudoso de época. (Ver: WERNBAUM, Raquel, en

Otra cosa, la más preciosa de todas, que estaban junto a ésta. El diminutivo zapatito alcanza una dimensión de exquisitez banal y superficialidad exagerada en el objeto de la descripción, contrastando con los rasgos dramáticos de la novela, con su contexto político.

Ahora sigámosla, que entra en el aposento de Luisa, dormida dulce y tranquilamente, y que tomando una llave de sobre una mesa abre la puerta de ese aposento \* que da al patio, y atravesándolo con Daniel llega al frente opuesto a sus habitaciones, y abriendo con el menor ruido posible una puerta en un corredor que cuadraba aquí, entra, siempre con la luz en la mano y con Daniel al lado suyo, en un aposento amueblado.

—Aquí ha estado habitando cierto individuo de la familia de mi esposo que vino de Tucumán y partió de regreso hace tres días. Este aposento tiene cuanto puede necesitar Eduardo.

Y diciendo esto, Amalia abrió un ropero, sacó mantas de cama, y ella misma desdobló los colchones, y lo arregló todo en la habitación, mientras Daniel se ocupaba de examinar con esmero un cuarto contiguo y el comedor que le seguía, cuya puerta al zaguán estaba en frente de aquella de la sala por donde una hora antes había entrado él con Eduardo en los brazos.

—¿Adónde mira esta ventana?—preguntó a su prima, señalando una que estaba en el aposento que iba a ocupar Eduardo.

—Al corredor por donde se entra de la calle a la quinta, por el gran portón. Sabes que todo el edificio está separado, hacia el fondo, por una verja de hierro; y cerrada, los criados pueden entrar y salir por el portón, sin pasar al interior de la casa. Es por ahí por donde ha salido Pedro.

—Es verdad, lo recuerdo... pero... ¿no oyes ruido?

—Sí... Son...

—Son caballos a galope...

Y el corazón de Amalia le latía en el pecho con violencia.

—Es probable que... se han parado en el portón—dijo Daniel súbitamente, llevando la luz al cuarto inmediato, volviendo como un relámpago y abriendo un postigo de la ventana que daba al corredor de la quinta.

—¡Quién será, Dios mío!—exclamó Amalia, pálida y bella como una azucena de la tarde\*.

Ahora sigámosla... abre la puerta de ese aposento. La narración se hace en tiempo presente, simultáneo con los movimientos del personaje, a quien acompañan el autor y el lector juntos.

—¡Quién será, Dios mío!... pálida y bella como una azucena de la tarde. La comparación desplaza hacia la figura de Amalia, comparaciones de subjetividad lírica y simbólica, que ha merecido la flor que es emblema de pureza. La azucena, en la iconografía cristiana, especialmente en la medieval, es atributo de la Virgen María.

—Ellos—dice Daniel, que había pegado su cara a los vidrios de la ventana.

—¿Quiénes?—preguntó Pedro... ¡Oh! ¡El bueno, el noble, el generoso Alcorta!—y corrió a traer la luz que había ocultado.

En efecto, eran el viejo veterano de la independencia y el sabio catedrático de filosofía, médico y cirujano al mismo tiempo. Pedro hizo entrar por el portón, llevó los caballos a la caballeriza, y luego lo condujo por la verja de hierro, de cuya puerta él tenía la llave.

—¡Gracias, señor!—dice Daniel, saliendo a encontrar al doctor Alcorta en medio del patio, y oprimiéndole fuertemente la mano.

—Veamos a Belgrano, amigo mío—dijo Alcorta, apresurándose a cortar los agradecimientos de Daniel.

—Un momento—dijo éste, conduciéndolo de la mano al aposento donde permanecía Amalia, mientras el viejo Pedro los seguía con una caja de jacarandá debajo del brazo—. ¿Habría traído usted, señor, cuanto cree necesario para la primera curación, como se lo supliqué en mi carta?

—Creo que sí—respondió Alcorta, haciendo una reverencia a Amalia—. Lo único que necesitaré serán verdades.

Daniel miró a Amalia, y esta partió volando a sus habitaciones.

—Este es el aposento que ha de ocupar Eduardo. ¿Cree usted que lo debemos traer aquí antes del reconocimiento?

—Es necesario—respondió Alcorta, tomando la caja de instrumentos de las manos de Pedro, y colocándola sobre una mesa.

—Pedro—dijo Daniel—, espere usted en el patio; o más bien, vaya usted a enseñar a Amalia cómo se cortan vendas para heridas: usted debe saber esto perfectamente. Ahora, señor, ya debo decir a usted lo que no le he dicho en mi carta: las heridas de Eduardo son "oficiales".

Una triste sonrisa vagó por el rostro noble, pálido y melancólico de Alcorta, hombre de treinta y ocho años apenas.

—¿Cree usted que no lo he comprendido ya?—respondió, y una nube de tristeza empapó ligeramente su semblante...—Veamos a Belgrano, Daniel—dijo después de algunos segundos de silencio.

Y Daniel atravesó con él el patio y entró en la sala por la puerta que daba al zaguán.

En este momento, Eduardo estaba al parecer dormido, aunque propiamente no era el sueño, sino el abatimiento de sus fuerzas, lo que le cerraba sus párpados.

Al ruido de los que entraban, Eduardo vuelve pensosamente la cabeza y, al ver a Alcorta de pie junto al sofá, hace un esfuerzo para incorporarse.

—Quietos, Belgrano —dijo Alcorta con voz commovida y llena de cariño—; quietos, aquí no hay otro que el médico.

Y sentándose a la orilla del sofá examinó el pulso de Eduardo por algunos segundos.

—¡Buena! —dijo al fin—, vamos a llevarlo a su aposento. A ese tiempo entraban en la sala por el gabinete Amalia y Pedro. La joven traía en sus manos una porción de vendas de género de hilo no usado todavía, que había cortado según las indicaciones del veterano.

—¿Le parece a usted bien de este ancho, doctor? —preguntó Amalia.

—Sí, señora. Necesitaré una palangana con agua fría y una esponja.

—Todo hay en el aposento. —Nada más, señora —dijo tomando las vendas de las manos de Amalia, cuyos ojos vieron en los de Eduardo la expresión de reconocimiento a sus cuidados.

Inmediatamente Alcorta y Daniel colocaron a Eduardo en una silla de brazos, y ellos y Pedro lo condujeron a la habitación que se le había destinado, mientras Amalia quedó de pie en la sala sin atreverse a seguirlos.

Palida, bella, oprimida por las sensaciones que habían invadido su espíritu esa noche, se echó en un sillón y empezó a separar con sus pequeñas manos los rizos de sus sienes, cual si quisiese de ese modo despejar su cabeza de la multitud de ideas que habían puesto en confusión su pensamiento. Hospitalidad, peligros, sangre, abnegación, trabajo, compasión, admiración, todo esto había pasado por su espíritu en el espacio de una hora; y era demasiado para quien no había sentido en toda su vida impresiones tan imprevistas y violentas, y a quien la naturaleza, sin embargo, había dado una sensibilidad exquisita y una imaginación poéticamente impresionable, en la cual las emociones y los acontecimientos de la vida podían ejercer, en el curso de un minuto, la misma influencia que en el espacio de un año, sobre otros temperamentos.\*

Y mientras ella comienza a darse cuenta de cuanto acaba de pasar por su espíritu, pasemos nosotros al aposento de Eduardo.

*Hospitalidad, peligros, sangre, abnegación, trabajo, ... sobre otros temperamentos. La enumeración asintética, o sea sin conjunciones, resume sintéticamente los hechos ocurridos, y provoca un ordenamiento fugaz de las impresiones recogidas en el espíritu de la protagonista.*

Desnudado con gran trabajo, porque la sangre había pegado al cuerpo sus vestidos, Alcorta pudo al fin reconocer las heridas.

—No es nada —dijo después de sonar la que encontró sobre el costado izquierdo—; la espada ha resbalado por las costillas sin interesar el pecho.

—Tampoco es de gravedad —continuó después de inspeccionar la que tenía sobre el hombro derecho—, el arma era bastante filosa y no ha destrozado.

—¡Veamos el muslo! —prosiguió. Y a su primera mirada sobre la herida de diez pulgadas de extensión, la expresión del disgusto se marcó sobre la fisonomía elocuente del doctor Alcorta. Por cinco minutos a lo menos, examinó con la mayor prolijidad los músculos partidos en lo interior de la herida, que corría a lo largo del muslo.

—¡Es un hachazo horrible! —exclamó—, pero ni un solo vaso ha sido interesado; hay gran destrozo solamente. Y en seguida lavó el mismo las heridas, e hizo en ellas la curación que se llama de primera intención, no haciendo uso del cerato simple, ni de las hilas que había traído en su caja de instrumentos, sino simplemente de las vendas.

En este momento sintió detenerse caballos frente al portón, y la atención de todos, a excepción de Alcorta, que siguió imperturbable el vendaje que hacía sobre el hombro de Eduardo, quedó suspendida.

—¿A él mismo entregó usted la carta? —preguntó Daniel dirigiéndose a Pedro.

—Sí, señor, a él mismo. —Entonces salga usted a ver. Es imposible sea otro que mi criado.

Un momento después volvió Pedro acompañado de un joven de dieciocho a veinte años, blanco, de cabellos y ojos negros, de una fisonomía inteligente y picaresca, y que, a pesar de sus botas y corbata negra, estaba revelando candidamente ser un hijo legítimo de nuestra campaña; es decir, un perfecto gaucho, sin chiripá ni calzoncillos.

—¿Has traído todo, Fermín? —le preguntó Daniel. —No ha de faltar nada, señor —le contestó, poniendo sobre una silla un grueso atado de ropa.

Daniel se apresuró entonces a sacar del lío la ropa interior que necesitaba Eduardo y a vestirlo con ella, pues en aquel momento el doctor Alcorta terminaba la primera curación. Y en seguida, entre los dos, colocaron a Eduardo sobre su lecho.

Daniel pasó al cuarto inmediato con Pedro y Fermín, y

en pocos momentos se lavó y mudó de pies a cabeza con las ropas que le acababan de traer, sin dejar un minuto de dar a Pedro disposiciones sobre cuanto debía hacer, relativas a los demás criados, a limpiar la sangre de la sala, a quemar las ropas ensangrentadas, etc.\*

Eduardo, entretanto, comunicaba a Alcorta en breves palabras los acontecimientos de tres horas antes, y Alcorta, reclinada su cabeza sobre su mano, apoyando su codo en la almohada, oía la horrible relación que le auguraba el principio de una época de sangre y de crímenes, que debía traer el duelo y el espanto a la infeliz Buenos Aires.

—¿Cree usted que ese Merlo ignore su nombre? —le preguntó a Eduardo.

—No sé si alguno de mis compañeros me nombró delante de él; no lo recuerdo. Pero, si no es así, él no puede saberlo, porque Oliden fue el único que se entendió con él.

—Eso me inquietaba un poco —dijo Daniel, que acababa de oír la relación que hacía Eduardo—, pero todo lo aclararemos mañana.

—Es preciso mucha circunspección, amigos míos —dijo Alcorta— y, sobre todo, la menor confianza posible con los criados. A este acontecimiento pueden sobrevenir muchos otros.

—Nada sobrevenirá, señor. Sólo Dios ha podido conducirme al lugar en que Eduardo iba a perder la vida; y Dios no hace las cosas a medias. Él acabará su obra tan felizmente como la ha empezado.

—¡Sí, creamos en Dios y en el porvenir! —dijo Alcorta, paseando sus miradas de Eduardo Belgrano a Daniel Bello, dos de sus más queridos discípulos de filosofía, tres años antes, y en quienes veía en ese momento brotar los frutos de virtud y de abnegación que en el espíritu de ellos habían sembrado sus lecciones\*.

—Es necesario que Belgrano descanse —continuó—. Antes del día sentirá la fiebre natural en estos casos. Mañana al mediodía volveré —dijo pasando su mano por la frente de Eduardo como pudiera hacerlo un padre con un hijo y tomando y oprimiendo su mano izquierda.

Después de esto, salió al patio acompañado de Daniel.

*a quemar las ropas ensangrentadas, etc.* El uso de etc. quiebra el nivel de lengua y es expresión del apresuramiento romántico de Mármol.

—¡Sí, creamos en Dios y en el porvenir! —dijo... habían sembrado sus lecciones. Diego Alcorta falleció en Buenos Aires el 7 de enero de 1842 a los 41 años de edad. Con su reflexión, Mármol completa el pensamiento expresado en la página 66.

—¿Cree usted, señor, que no corre peligro la vida de Eduardo?

—Ninguno absolutamente, pero su curación podrá ser larga.

Y cambiando estas palabras, llegaron a la sala, donde Alcorta había dejado su sombrero.

Amalia estaba en el mismo sillón en que la dejamos, apoyada su cabeza en su pequeña mano, cuyos dedos de rosa se perdían entre los rizos de su cabello castaño claro.

—Señor: esta señora es una prima hermana mía, Amalia Sáenz de Olabarrieta.

—En efecto —dijo Alcorta, después de cambiar con Amalia algunos cumplimientos y sentándose al lado de ella—, en la fisonomía de entrambos hay muchos rasgos de familia; y creo no equivocarme al asegurar que entre ustedes hay también mucha afinidad de alma, pues observo, señor, que usted sufre en este momento porque ve sufrir, y esta impresionabilidad del alma, esta propensión simpática es especial en Daniel.

Amalia se puso colorada sin comprender la causa, y respondió con palabras entrecortadas.

Daniel aprovechó el momento en que aquélla recibía de Alcorta las instrucciones higiénicas relativas al enfermo, para ir de un salto al aposento de éste.

—Eduardo, yo necesito retirarme, y voy a acompañar a Alcorta. Pedro va a quedarse en este mismo aposento, por si algo necesitas. No podré volver hasta mañana a la noche. Es forzoso que me halle en la ciudad todo el día; pero mandaré a mi criado a saber de ti. ¿Me permites que dé al tuyo todas las instrucciones que yo considere necesarias?

—Haz cuanto quieras, Daniel, con tal que no comprometas a nadie en mi mala fortuna.

—¿Volvemos? Tú tienes más talento que yo, Eduardo, pero hay ciertas cosas en que yo valgo cien veces más que tu. Déjame hacer. ¿Tienes algo especial que recomendarme?

—Nada. ¿Has hecho que tu prima se recoja?

—¡Adios! ¿Ya empezamos a tener cuidados por mi prima?

—¡Loco! —dijo Eduardo sonriendo—. Vete y conservate para mí cariño\*.

—¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana!

Y los dos amigos se dieron un beso como dos hermanos.

—¡Loco! —dijo Eduardo sonriendo—. Vete y conservate para mí cariño. La ternura retórica de la fórmula de la despedida se acentúa con la exclamación que adjetiva una condición plena de cariño.

Daniel hizo señas a Pedro y a Fermín, que permanecían en un rincón del aposento, y salió al patio con ellos.

—Fermín: toma esa caja de madera del doctor, y ten listos los caballos. Pedro: dejó al cuidado de mi prima la asistencia de Eduardo, y dejó confiada al valor de usted la defensa de su vida, si sobreviniese algún accidente. Puede ser que los que asaltaron a Eduardo sean miembros de la Sociedad Popular, y puede ser también que algunos de ellos quieran vengar a los que ha muerto Eduardo, si por desgracia supiesen su paradero.

—Puede ser, señor, pero a la casa de la hija de mi coronel no se entra a degollar a nadie sin matar primero al viejo Pedro, y para eso es necesario pelear un poco.

—¡Bravo! Así me gustan los hombres —dijo Daniel apretando la mano del soldado—. Cien como usted, y yo respondería de todo. Hasta mañana, pues. Cierre usted la verja y el portón cuando hayamos salido: ¡hasta mañana!

—¡Hasta mañana, señor!

Alcorta estaba ya de pie despidiéndose de Amalia cuando volvió Daniel.

—¿Nos vamos ya, señor?

—Me voy yo; pero usted, Daniel, debe quedarse.

—Perdone, señor; tengo necesidad de ir a la ciudad y aprovechar esta circunstancia para que vayamos juntos.

—¡Bien, vamos, pues! —dijo Alcorta.

—Un momento, señor. Amalia: todo queda dispuesto; Fermín vendrá a mediodía a saber de Eduardo y yo estaré aquí a las siete de la noche. Ahora recógete. Muy temprano haz lo que te he prevenido, y nada temas.

—¡Oh! ¡Yo no temo sino por ti y por tu amigo! —le contestó Amalia, llena de admiración.

—Lo creo, pero nada sucederá.

—¡Oh! ¡El señor Daniel Bello tiene grande influencia! —dijo Alcorta con una graciosa ironía, fijos sus ojos dulces y expresivos en la fisonomía de su discípulo, chispeante de imaginación y de talento.

—¡Protegido de los señores Anchorena, consejero de Su Excelencia el señor ministro don Felipe y miembro responsable de la Sociedad Popular Restauradora! —dijo Daniel con tan afectada gravedad, que no pudieron menos de soltar la risa Amalia y el doctor Alcorta.

—¡Ríanse ustedes —continuó Daniel—, pero yo no, pues sé prácticamente lo que esas condecoraciones sirven en mí para...

—Vamos, Daniel.

—Vamos, señor. Amalia, ¡hasta mañana!

E imprimió un beso en la mano que le tendió su prima.

—Buenas noches, doctor —dijo Amalia acompañándolos hasta el zaguan, de donde atravesaron el patio y salieron por la puerta de hierro que daba a la quinta, doblando luego a la izquierda y llegando al corredor del portón donde Fermín los esperaba con los caballos. Al pasar Daniel por la ventana del aposento de Eduardo que daba a la quinta, como se sabe, paróse y vio al viejo veterano de la independencia sentado a la cabecera del herido.

Amalia, entretanto, no pudo volver a la sala sin echar desde el zaguan una mirada hacia el aposento en que reposaba su huésped. En segunda volvióse paso a paso a sus habitaciones a esconder, entre la batista de su lecho, aquel cuerpo cuyas formas hubieran podido servir de modelo al Ticiano \*, y cuyo cutis, luciente como el raso, tenía el colorido de las rosas y parecía tener la suavidad de los jazmines \*.

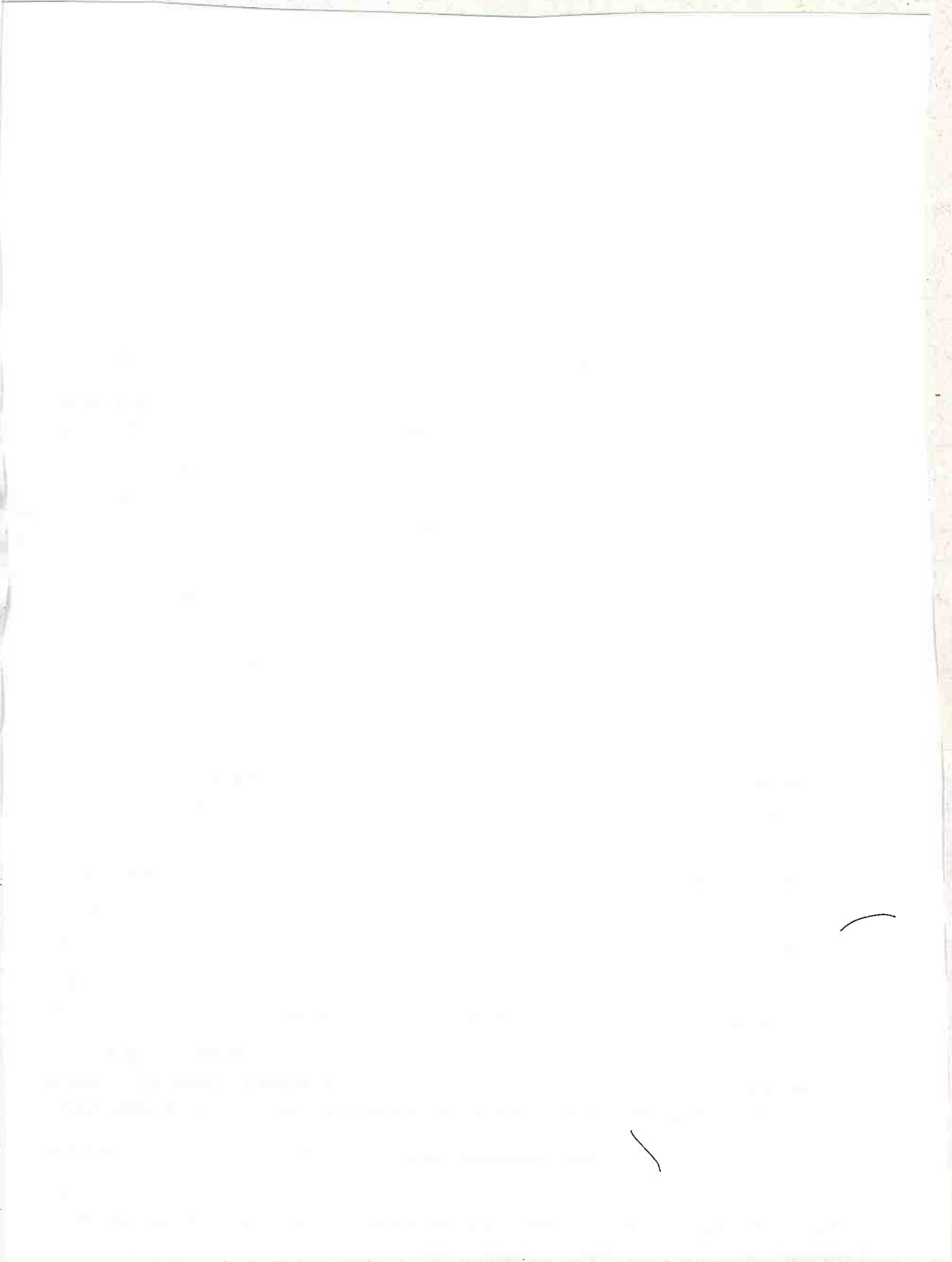
Entretanto, maestro, discípulo y criado habían enfilado, a gran galope, la oscura y desierta calle Larga, y subiendo a la ciudad por aquella barranca de Balcarre que, doce años antes, había visto descender los escuadrones del general Lavalle para ir a sellar con sangre el origen de sus males futuros de la patria, tiraron la rienda de sus caballos a la puerta de la casa del señor Alcorta, tras de San Juan, en la calle del Restaurador \*.

Allí, maestro y discípulo se despidieron cambiando algunas palabras al oído; y Daniel, seguido de Fermín, tomó por el Mercado, salió a la calle de la Victoria \*, dobló a la izquierda y, a poco andar, Fermín bajó de su caballo y abrió la puerta de una casa donde entró Daniel sin desmontarse. Era su casa.

Ticiano. Tiziano Vecellio (1477-1576). Célebre pintor de la escuela veneciana, extraordinario colorista, que pintó con sabia belleza el cuerpo femenino.

Jazmines como el raso... de los jazmines. Tres comparaciones con objetos y flores (raso, rosas y jazmines) tratan de extraer el máximo de condiciones delicadas de la naturaleza y del mundo, para exaltar la belleza del cutis de Amalia. La heroína romántica siempre está cerca de la perfección.

la calle del Restaurador. Se trata de la actual calle Moreno, de Buenos Aires.  
la calle de la Victoria. Actual Hipólito Yrigoyen.



—Hace tiempo que lo somos —contestó éste levantándose.  
 —Sí, y de todo corazón. ¿Conque se va?  
 —Y volveré, ¿cuándo?  
 —Dentro de cuatro o cinco días.  
 —Hasta entonces, pues.  
 —Adios, Mariño, hasta entonces; memorias a su mujer,  
 y no haga caso de las zoncercas que le diga.  
 —Adios, señora —le dijo el redactor, casi admirado de no  
 ver salir de aquellos labios sino palabras empapadas en al-  
 gún veneno diferente.

## 8. PREÁMBULO DE UN DRAMA

Después de la noche del 24 de mayo, en que cerramos la segunda parte de los acontecimientos de esta historia, los asuntos individuales y los sucesos políticos de sus personajes y de su época hasta los últimos días de julio habían sufrido cambios progresivos.

Con el tiempo, este agente poderoso del trastorno de cuanto hay creado, la poética quinta de Barracas había ido, poco a poco, arrojando de su recinto de flores las incertidumbres y las superstiticiones, y convirtiéndose en un edén cuyas puertas, cerradas algún tiempo, se abrieron lentamente, pero al fin se abrieron, a los dos ángeles sin alas arrojados ante ellas.

Solos, entre el misterio y el peligro, entre la naturaleza y la soledad, almas formadas para lo más sublime y tierno de la poesía y del amor; noble, valiente y generosa la una; tierna, poética y armoniosa la otra, Eduardo y Amalia habían atado para siempre su destino en el mundo con las fibras más íntimas y sensibles de su corazón; y si la felicidad en la tierra no es un sueño con el cielo, que domina la imaginación en el tránsito fugitivo de la cuná a la tumba, la felicidad, con todo el esmalte caprichoso con que la engalana la fantasía, había aletargado el espíritu de los dos jóvenes, y hécholes oír, ver, tocar, en los raptos de poesía y entusiasmo, todo cuanto la mente concibe que puede encontrarse en la existencia soñada de la felicidad eterna, porque en medio de la ventura, Eduardo había respetado a Amalia, y Amalia no veía una sombra en el cristal purísimo de su conciencia \*

*Solos, entre el misterio y el peligro, ... no veía una sombra en el cristal purísimo de su conciencia. El idealismo de los románticos ennoblecó la idea del amor a través de la idea de la naturaleza y de Dios,*

Sin embargo, estaba convenido entre ambos que Eduardo volvería a la ciudad, debiendo dentro de pocos meses reunirse para siempre. Pero él no estaba perfectamente bueno de su herida en el muslo. Podía caminar sin dificultad, pero conservaba aún gran sensibilidad en la herida, y esto y los ruegos de Daniel habían demorado un poco más el día de la separación, si cabía separación en quienes debían volverse a ver a cada instante.

Madama Dupasquier y su hija sentían por Amalia el cariño que ella inspiraba a cuantos tenían la felicidad de acercarse y comprenderla; pero el riguroso invierno de 1840, que había puesto intrasitables los caminos, impedía que madama Dupasquier fuese a Barracas tan a menudo como lo deseaba.

Por su parte, Daniel, el hombre para quien no había obstáculos en la naturaleza, ni en los hombres, veía a su prima y a su amigo casi todos los días; y era en Barracas y en casa de su Florencia donde su corazón y su carácter podían explayarse tales como la naturaleza los hizo; allí era fierro, alegre, espirituoso, burlón y mordaz; fuera de allí Daniel era el hombre que conocemos en política \*.

Por último, la señora doña Agustina Rosas de Mansilla había repetido su visita a Barracas cuatro veces, teniendo la indulgencia de aceptar las disculpas de Amalia por no haberle pagado ninguna de sus visitas todavía. Amalia no buscaba esta relación, le disgustaba al principio, pero últimamente había conocido que Agustina era una mujer infensiva, cuya amistad en nada la comprometía, en tanto que Agustina la divertía al mismo tiempo que le daba ocasión para admirar una obra casi perfecta de la naturaleza, porque el sentimiento de lo bello era el más desenvuelto en el espíritu de Amalia.

elevándolo por encima de los impulsos sensuales. Esta concepción del amor-virtud se vincula con la poesía, en lo que ésta tiene de sublime en la imaginación de los románticos, dando lugar a la aparición de la novela sentimental.

*Por su parte, Daniel, el hombre ... que conocemos en política. Señala el autor los rasgos que caracterizan la doble personalidad de Daniel Bello en la intimidad y en las actividades externas a ella. Esta proyección del "yo" en el campo social explica las actitudes combatientes de los románticos en los problemas políticos de la época. "Este interés por la realidad contemporánea —dice Van Tieghem— parece una contradicción de la necesidad y anhelo de evasión que, como vimos, caracterizó a tan gran número de espíritus románticos; pertenece también al romanticismo exterior, pero más especialmente al grupo de tendencias que empujaban a los espíritus hacia lo original, lo particular, lo concreto y lo lleno de color."*

Para el carácter circunspuesto de Amalia era una diversión ver a Agustina revolviéndole las cómodas, sacando y mirando cosa por cosa de cuantas allí había, y exigiéndole la historia de cada una, desde su fábrica hasta su precio; poniéndose en seguida cuanta capa, cuanto chal, cuanto encaje, cuanto chibche y cuanta alhaja guardaba en sus gavetas la bella tucumana, y pasando luego a mirarse y contonearse en los grandes espejos del tocador; siendo para Amalia una verdadera curiosidad ver a aquella mujer tan linda de fisonomía y de formas, entregada, como una niña de ocho años, a los placeres más pueriles y ajenos de su edad, pues que Agustina era tres o cuatro años mayor que Amalia. Sin embargo, esto la divertía, y sin la mínima violencia le regalaba lo que más veía que le había llamado su atención. En cambio de todo esto, Agustina había enviado a Amalia un enorme gallo de porcelana. Pero a los tres días de habersele regalado, le escribió pidiéndoselo bajo pretexto de que no se hallaba sin él.

En cuanto a los acontecimientos políticos hasta el 16 de julio en que tuvo lugar la batalla de Sauce Grande, no se había alterado la situación pública: situación de expectativa para Rosas, de inacción en Entre Ríos, de preparativos lentos en las provincias de Cuyo, de irresolución en los agentes franceses, de intrigas locales en la República Oriental.

Daniel, entretanto, había tenido un tristísimo desengaño: el 15 de junio, en que debió tener lugar la segunda reunión de jóvenes en la casa de doña Marcelina, se encontró con que el número de los asistentes no pasaba de siete. La mayor parte de los que concurrían a la primera reunión, ya no estaba en Buenos Aires, sino en Montevideo, o en el ejército libertador.

Daniel sufría mucho por el modo con que sus amigos entendían sus deberes patrios; lo dejaban solo; pero en su aislamiento esa alma de privilegiado temple, lejos de desmayar, parecía cobrar nuevas fuerzas con los reveses, y trabajaba con una febril actividad por precipitar el desborde sangriento de los odios de la Mazorca, contenidos por el dique de una primera señal que le faltaba. Y he aquí lo que buscaba Daniel: que rompiera la Mazorca por un medio de la voluntad de Rosas, a ver si de esa prematura erupción, resultaba una reacción del pueblo al sentir el puñal de algunas docenas de bandidos sobre la garganta de tantos inocentes. Pero Daniel no podía con esos lebreles, atados con cadenas de hierro a la voluntad de su amo, y sólo conseguía ganar en la opinión de ellos el título del más entusiasta y decidido federal.

Fue en este estado de cosas, y al siguiente día de recibirse la noticia de la batalla, cuando Daniel se embarcó para Montevideo, donde tuvieron lugar las entrevistas que se conocen ya. Y es, pocos días después de su regreso a Buenos Aires, cuando vamos a encontrarnos con él en la encantadora quinta de Barracas, cuyos dos habitantes ignoraban aquella partida, aun cuando Daniel se había despedido de ellos por tres días. Llególa a saber solamente cuando los estrechó en sus brazos, libre ya de los peligros que había corrido, y de cuya penosa incertidumbre quiso libertar a sus amigos ocultándoles su arriesgadísimo viaje. El secreto había sido revelado a su Florencia solamente, de quien los ruegos, como los de un ángel, habían subido hasta Dios, y acompañado al bien amado de su alma en los momentos en que arriesgaba la vida por su patria.

Erran las cinco de una tarde fría y nebulosa, y al lado de la chimenea, sentado en un pequeño taburete a los pies de Amalia, Eduardo le traducía uno de los más bellos pasajes del *Manfredo*, de Byron; y Amalia, reclinado su brazo sobre el hombro de Eduardo y rozando con sus rizos de seda su alta y pálida frente, lo oía, enajenada, más por la voz que llegaba hasta su corazón, que por los bellos raptos de la imaginación del poeta; y de cuando en cuando Eduardo levantaba su cabeza para buscar en los ojos de su Amalia un raudal mayor de poesía que el que brotaban los pensamientos del águila de los poetas del siglo xix\*.

Ella y él representaban allí el cuadro vivo y acabado de la felicidad más completa: felicidad de ellos, que se escondía en los misterios de su corazón, que a nadie costaba una lágrima en el mundo, y que no dejaba en sus almas el torcedor secreto de los remordimientos, que tan frecuentemente trae consigo esa dicha vulgarizada o comprada a costa de alguna mala acción entre los hombres.

El mundo se encerraba, para ellos, en ellos solos y, al contemplarlos, se hubiera podido decir que la desgracia tendría compasión de echar una gota de acibar en la copa

*Erran las cinco de una tarde fría... del águila de los poetas del siglo xix.* Según Adolfo Mitre, el detalle de la traducción de Byron por Eduardo confirmaría su tesis de que este personaje fue concebido por Mármol teniendo como modelo a un sobrino del general Manuel Belgrano de su mismo nombre y apellido. El conocimiento de Byron, cuyo poema *Childe Harold* ha sido confrontado con los *Cantos del Peregrino* de Mármol, se advierte empero en la obra poética anterior de éste. En la poesía *Al 25 de Mayo*, de 1841, Mármol cita en versión original a Byron. (Ver: Mármol, José, en "Fuentes de las notas y del estudio preliminar".)

purísima de la felicidad que gozaban aquellos dos seres que a nadie habían hecho mal en la vida, y que respondían, amándose, a las leyes de una providencia superior a ellos mismos.

De repente, un coche paró a la puerta, y un minuto después madama Dupasquier, su hija y Daniel entraron en la sala.

Amalia y Eduardo habían conocido el coche al través de las celosías de las ventanas, y como para los que llegaban no había misterios, Eduardo permaneció al lado de Amalia, lo que sólo una vez había hecho en las visitas de Agustina. Daniel entró, como entraba siempre, bullicioso, alegre, cariñoso, porque al lado de su Florencia o de su prima su corazón sacudía sus penas y sus ambiciones de otro género, y daba expansión a sus afectos y a su carácter, en lo que él llamaba su vida de familia.

—Café, mi prima, café, porque nos morimos de frío; nos hemos levantado de la mesa para venirlo a tomar contigo; pero ha sido inspiración mía; no tienes que agradecer la visita ni a la madre ni a la hija, sino a mí—dijo.

—Pides tan poco por el servicio, que bien merecerías no ser pagado por no saber conocer la importancia de lo que haces—le contestó Amalia, después de haber cambiado besos bien sinceros con sus amigos.

—No lo crea usted, Amalia; yo he sido quien ha dispuesto este paseo; el pereroso se había dejado estar esta mañana al lado de la chimenea—dijo madama Dupasquier, señora de cuarenta y dos años, de una fisonomía y de un aire de los más distinguidos; pero en cuyo semblante había algo de enfermizo y melancólico, que en la época del terror se descubría muy generalmente en las señoras de distinción, que, soterradas en sus casas, y temblando siempre por la suerte de los suyos o de sus amigos, su salud se alteraba por la excitación moral en que vivían.

—Está bien, yo diré menos verdad que madama Dupasquier, pero no hay lógica humana que de ahí deduzca que yo no deba tomar café los viernes.

—Amalia, yo me empeño en que se lo haga usted servir—dijo la madre de Florencia—; de lo contrario, no nos va a hablar sino de café toda la tarde.

—Sí, Amalia, dele café, dele cuanto pida a ver si deja de hablar un poco, porque hoy está insufrible—dijo Florencia, a quien Eduardo estaba mostrando los grabados que ilustran las obras completas de lord Byron.

Amalia, entre tanto, había tirado del cordón de la campanilla y ordenado al criado de Eduardo que sirviese café.

—¿Qué obra es ésta, Eduardo?—preguntó Daniel.

—La de uno que en ciertas cosas tenía tanto juicio como tú.

—¡Ah! Es Voltaire, porque este buen señor decía que una taza de café valía más que un vaso de agua del Hipocrene!

—No, no es Voltaire—dijo Amalia—, adviuna.

—¡Ah! Entonces es Rousseau, porque el buen ginebrino tenía el exquisito gusto de pararse a aspirar el olor del café tostado, dondequiera que lo percibía.

—Ya usted ve; está empeñado en buscar similitudes con los grandes hombres por medio del café—dijo madama Dupasquier.

—Pero no adviuna—observó Amalia.

—No me doy por vencido.

—¿A ver, pues?

—Napoleón, de quien la enfermedad de familia se le agravó a causa de los toneles de café que había tomado en su vida.

—Nada, nada; no adviunas.

—¡Yay! No advinaré quién es el autor de ese libro, pero, ¿a que advino quién no es el autor?

—¿A ver?—dijo Florencia desde la ventana, a cuya luz estaba viendo los grabados.

—Don Pedro de Angelis \*, porque este autor no puede parecerse a mí desde que no toma café; toma agua de pozo, la más indigesta de todas las de este mundo, razón por la cual no ha podido digerir todavía el primer volumen de sus documentos históricos, ¿acerté?

—Es Byron, loco, es Byron—le dijo Eduardo, enseñando a Florencia el retrato de la hija del poeta.

—¡Ah, Byron! Ése no tomaba café, por la razón de que era la bebida favorita de Napoleón; porque has de saber, mi Amalia, que Byron no aborrecía a Napoleón, pero tenía celos de su gloria, por cuanto sabía el taimado inglés que con él y con Napoleón debían morir las dos grandes glorias de su

Pedro de Angelis. Nació en Nápoles en 1784, y a los cuarenta años se radicó en el Río de la Plata, protegido durante el gobierno de Rivadavia hasta que en 1830 publicó un *Ensayo histórico sobre la vida de Rosas*, dentro de una numerosa obra documental que lo convirtió en el escritor más representativo de la dictadura rosista. "Por haberlo defendido en tres idiomas (a Rosas) grabó imborrablemente su nombre en nuestra historia política. Por haber injuriado a los proscriptos, no se lo olvidará en nuestra historia literaria." (Ver: Rosas, Ricardo, *Historia de la literatura argentina. Los Proscriptos*, cap. XVII, "La vida intelectual bajo la dictadura".)

siglo, y con toda su alma hubiese querido que no muriese más gloria que la suya. ¿Me parece que he hablado con juicio?

—Por la primera vez esta tarde—contestó Florencia.

—Cosa que no le sucedía con frecuencia al tal poeta; pues, si en vez de querer tanto a su mujer, hubiese tenido el juicio de quererla más cuando ella lo tuvo por loco, no hubiese pasado después la miserable vida que llevó en este mundo.

—No he entendido—dijo Florencia.

—Ni nadie—agregó Amalia.

—Quise decir—explicó Daniel, hamañándose en el sillón en que estaba—que, si a mi me tuviese mi mujer por loco, por sólo la ocurrencia de echar un reloj al fuego en un rapto de delirio poético, y se me escapase, como hizo la mujer de Byron, en vez de escribirle cartas como él hizo, haría...

—¿Qué?—preguntó Florencia con viveza.

—Haría lo que cualquier buen hijo de España, que son los que mejor entienden las materias de hecho; pero antes, a ver, ¿qué harías tú, Eduardo?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Si tu mujer se te escapase, y tú la quisieras?—¿Qué había de hacer? Lo que hizo Byron: escribirle, querer traerla al buen sendero de que se había extraviado en un momento de ilusión.

—¡Bah! Eso no vale nada.

—¿Y qué harías tú?

—¿Yo? Montar en un coche, y si no había coche, en un caballo, y si no había caballo, sobre mis propias botas; irme muy tranquilo a la casa donde estuviese mi fugitiva, tomarla del brazo muy cariñosamente y decir a los que allí estuviesen: paso, señores, que esta es mi mujer y me la llevo a mi casa.

—¿Y si no quería ir, caballero?—dijo Florencia.

—Entonces... ¡claro está, entonces me quedaría donde ella estuviese. Toda la dificultad estaría en que me echasen los dueños de casa, pero entonces me salía con mi mujer, y asunto concluido. Pero... el café, mis queridas señoras—dijo Daniel, levantándose y señalando con su mano el gabinete contiguo a la sala donde acababan de servirlo y adonde entraron todos.

El criado, al servir el café, había colocado una hermosa lámpara solar en la mesa redonda del gabinete, y cerrado los postigos de la ventana que daba a la calle Larga, pues que ya comenzaba a anochecer.

Sentados alrededor de la mesa, todos se entretenían en ver a Daniel saborear el café como un perfecto conocedor.

—¡Es una lástima—dijo madama Dupasquier—que nuestro Daniel no haya hecho un viaje a Constantinopla!

—Es cierto, señora—contestó el joven—; allí se toma el café por decenas de tazas; pero hace poco tiempo que he jurado no hacer más viajes en mi vida.

—Y especialmente, si para ir a Constantinopla fuese necesario hacer el viaje en una ballenera—dijo Amalia.

—Y pasar media noche con el agua hasta el cuello para volver a su casa—agregó Florencia, mirando con ojos de reconvención a Daniel.

—Y exponerse a ser recibido por algún oficioso guardacosta que lo tome por contrabandista—observó Eduardo.

—¡Holá! ¿También tú, mi querido? ¡Por supuesto, tú, el más circunspecto de los hombres para hacer viajes, que eres capaz de embarcarte sin que te cueste un alfilerazo!

—En todo caso contaría contigo—respondió Amalia a su primo, mirando tiernamente a Eduardo.

—Por aviso de la Providencia, se entiende: en cuanto a los que había de recibir de él, tengo mis antecedentes a este respecto.

—Sí, tiene razón Daniel—dijo madama Dupasquier.

—Pero, Daniel, siempre ha sido para nosotros un misterio cómo apareciste cerca de tu amigo en aquella terrible noche\*—dijo Amalia.

—¡Vaya! Hoy estoy de buen humor, y te lo diré, hija mía. Es muy sencillo.

Todos se pusieron a escuchar a Daniel, que prosiguió:

—El 4 de mayo, a las cinco de la tarde, recibí una carta de este caballero en que me anunciaba que esa noche dejaría Buenos Aires: "Entró en la moda", dije para mí; pero, como yo tengo algo de adivino, empecé a temer alguna desgracia\*. Fui a su casa; nada, cerrada la puerta. Fui

terrible noche. (Cf. con nota de pág. 236, segunda parte.) Ya hemos señalado la reiteración del epíteto como un "leitmotiv" en la novela, cuyo punto de partida parece observado en el transcurso del tiempo desde distintos ángulos a través de la noche del 4 de mayo de 1841, que es calificada como *fatal noche* o *triste noche*.

El 4 de mayo, a las cinco de la tarde, ... alguna desgracia. Los detalles que aporta el protagonista sobre los sucesos del 4 de mayo, explican su situación previa a la iniciación de la novela. Dentro de esta estructura de la novela, estas confesiones yuxtaponen el destino de este personaje y el de los personajes del capítulo I, esclareciendo la imbricación de hilos que se cruzan en diversos destinos individuales dentro de la intriga narrativa.

a diez o doce casas de amigos nuestros; nada tampoco. A las nueve y media de la noche ya no podía estar en casa de esta señora, primera vez en mi vida que he pecado contra el buen gusto. Me salí, pues, exponiéndome... exponiéndome, etc., esta señorita concluirá mi frase. Salí, pues, y fui a dar por las barrancas de la Residencia, en donde vive cierto escocés amigo mío, que parece ha hecho sociedad con Rosas en cuanto a querer dejarnos sin hombres en Buenos Aires: él llevando unos a Montevideo, y Rosas mandando a otros a otra parte. Pero mi escocés dormía como si estuviese en sus montañas, esperando a que viniese a desorbitarlo Walter Scott. Esa noche era de asueto para él. ¿Qué hacer entonces? Acudí a la lógica: nadie se embarca sino por el río; es así que Eduardo va a embarcarse: luego por la costa del río puedo encontrarlo; y después de este silogismo, que envidiaría el señor Garrigós, que es el más lógico de nuestros representantes, bajé la barranca y me eché a andar por la costa del río.

—¡Y solo! —exclamó Florencia, emperzando a palidecer.

—¡Vaya! Si no, me callo.

—No, no; siga usted —dijo la joven esforzándose por sonreírse.

—Bien, pues; empecé a andar hacia el Retiro, y al cabo de algunas cuadras, cuando ya me desesperaban la soledad y el silencio, percibi primero un ruido de armas; me fui en esa dirección, y a pocos instantes conocía la voz del que buscaba. Después...; después ya se acabó el cuento —dijo Daniel, viendo que Amalia y Florencia estaban excesivamente pálidas.

Eduardo se disponía a dar un nuevo giro a la conversación, cuando al ruido que sintió en la puerta de la sala dieron vuelta todos, y al través del tabique de cristales que separaba el gabinete vieron entrar a las señoras doña Agustina Rosas de Mansilla y doña María Josefa Ezcurra, cuyo coche no se había sentido rodar en el arenoso camino, distraídos como estaban todos con la narración de Daniel.\*

Eduardo, pues, no tuvo tiempo de retirarse a las piezas interiores, como era su costumbre cuando llegaba alguien que no era de las personas presentes.

Eduardo se disponía a dar... con la narración de Daniel. El autor ha dado un paso dentro de la estructura de la novela, haciendo aparecer de pronto, sin que los personajes lo adviertan, un acontecimiento que será importante para el desarrollo de la acción. La aparición de María Josefa Ezcurra en escena, sorprende a los personajes, atentos a la conversación de Daniel Bello. La distracción, ocasionada involuntariamente por uno de los protagonistas, obra como causa de nuevos efectos que se incorporan a la narración.

Bibliotecas  
GRANDES OBRAS DE LA LITERATURA UNIVERSAL

- 1 DON QUIJOTE DE LA MANCHA, M. de Cervantes Saavedra
- 2 MIS MONTAÑAS, Joaquín V. González
- 3 PÁGINAS EN PROSA, Gabriela Mistral
- 4 MARTÍN FIERRO, José Hernández
- 5 REFLEJOS DE ESPAÑA, Azorín
- 6 LA CAUTIVA. EL MATADERO, Esteban Echeverría
- 7 LA VIDA ES SUEÑO, Pedro Calderón de la Barca
- 8 TABARÉ, Juan Zorrilla de San Martín
- 9 CHICO CARLO, Juana de Ibarbourou
- 10 RINCÓNLETE Y GORRIADILLO, M. de Cer-vantes Saavedra
- 11 LAS DOS FUNDACIONES DE BUENOS AIRES, Enrique Larreta
- 12 AMORES Y AMORIOS, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero
- 13 ENTREMESSES, M. de Cervantes Saavedra
- 14 SANTOS VEGÁ, Rafael Obligado
- 15 LOS INTERESES CREADOS, Jacinto Benavente
- 16 EL MEJOR ALCALDE, EL REY, Lope de Vega
- 17 UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES, Lucio V. Mansilla
- 18 LA GITANILLA, M. de Cervantes Saavedra
- 19 MARIA, Jorge Isaacs
- 20 LAS DE BARRANCO, Gregorio de Laferrère
- 21 POESÍAS, Rafael Obligado
- 22 LA NOVELA DE UN NOVELISTA, Armando Palacio Valdés
- 23 EL ALCALDE DE ZALAMEA, Pedro Calderón de la Barca
- 24 LA GRAN ALDEA, Lucio V. López
- 25 FUENTEVEJUNA, Félix Lope de Vega Carpio
- 26 LA PATRIA DESCONOCIDA, Fernández Moreno
- 27 EN FAMILIA, Florencio Sánchez
- 28 FAUSTO, Estanislao del Campo
- 29 LA VERDAD SOSPECHOSA, Juan Ruiz de Alarcón
- 30 ARIEL, José Enrique Rodó
- 31 LEYENDAS Y TRADICIONES, José Zorrilla
- 33 M'HUIDO EL DOTOR, Florencio Sánchez
- 34 PARABOLAS, José Enrique Rodó
- 35 GEOGRAFÍAS, Margarita Abella Capric
- 36 FAQUINO, Domingo F. Sarmiento
- 37 PEPITA JIMÉNEZ, Juan Valera
- 38 JUVENILIA, Miguel Cané
- 39 LA GRINGA, Florencio Sánchez
- 40 PROSA Y POESÍA, José Martí
- 41 AMALLA, José Mármol
- 42 MARIANELA, Benito Pérez Galdós
- 43 ESCRITOS LITERARIOS, Nicolás Ave-larreda
- 44 TRAFALGAR, Benito Pérez Galdós
- 45 EL SI DE LAS NINIAS, Leandro Fernández de Moratín
- 46 EL CAPITÁN VENENO, Pedro Antonio de Alarcón
- 47 LEYENDAS, Gustavo Adolfo Bécquer
- 48 PENAS ARRIBA, José M. de Pereda
- 49 RIMAS, Gustavo Adolfo Bécquer
- 50 RECUERDOS DE PROVINCIA, Domingo F. Sarmiento
- 51 VIAJES, Domingo F. Sarmiento
- 52 ARTICULOS DE COSTUMBRES, Mariano José de Larra
- 53 AUTOBIOGRAFÍA, Carlos Guido y Spano
- 54 EL CONDE LUCANOR, Infante Don Juan Manuel
- 57 LA NOVIJA DE LOS FORASTEROS, Pedro E. Pico
- 58 POESÍAS, Garcilaso de la Vega
- 59 VIDA DE LAZARILLO DE TORNES Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES
- 60 VIDA Y DESAPARICION DE UN MÉDICO, Fernández Moreno
- 61 VERSO Y PROSA, Juana de Ibarbourou
- 62 MILLAROS DE NUESTRA SEÑORA Y SUS OTROS POEMAS, Gonzalo de Berceo
- 63 ANTOLOGÍA, Eduardo Wilde
- 66 ANTOLOGÍA DE LITERATURA FANTÁSTICA ARGENTINA. I. Narradores del siglo XIX
- 67 TRADICIONES PERUANAS, Ricardo Palma
- 68 EL LICENCIADO VIDRIERA, M. de Cervantes Saavedra
- 69 ZOOLOGÍA LIRICA, Juan Burghi